

La Esfera

8 Julio 1916

Año III.—Núm. 132

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE FERNANDITO ROCA DE TOGORES Y MALDONADO
Escultura del insigne artista Mariano Benlliure

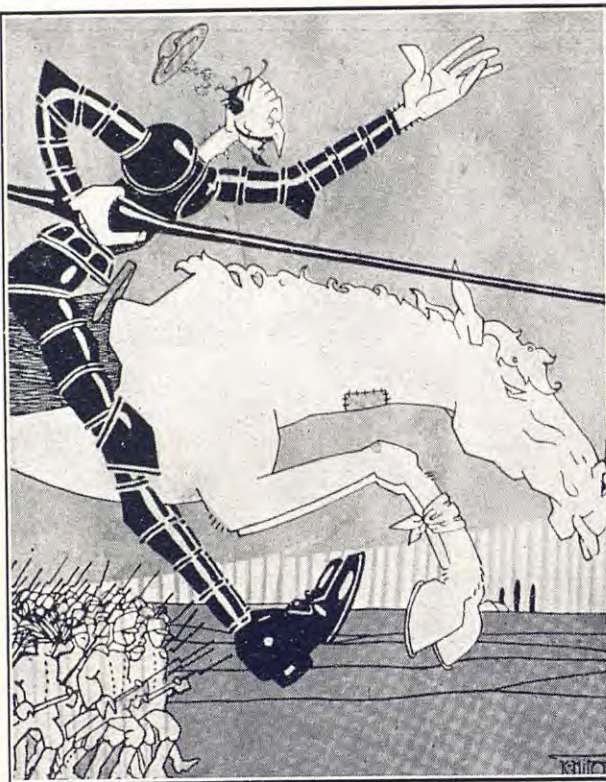
DE LA VIDA QUE PASA
DON QUIJOTE EN LA GUERRA

EN Septiembre de 1914, peligró, por un movimiento sectario, la neutralidad de España, en esta espantosa guerra en que las más fuertes naciones de Europa se aniquilan; y el peligro no ha desaparecido ni desaparecerá, a menos que el triunfo de los aliados no esté seguro, pues ni Francia descuida el fomento de nuestras simpatías, ni Inglaterra, en caso de extrema gravedad, dejaría de recordar la profecía de Pitt... Demostrar, mezclando burlas con veras, que la intervención española hubiera sido (y lo sería actualmente) un tremendo desatino, fué el único propósito del distinguido escritor Elías Cerdá, al publicar su libro *Don Quijote en la guerra*, libro que lleva el significativo subtítulo de *Fantasia que pudo ser historia*. Tan pudo serlo, que la realidad se impuso únicamente porque ni la nación ni el ejército quisieron la intervención, y sí el mantenimiento de la neutralidad más absoluta. Y asusta pensar que la realidad no se hubiese impuesto.

Atento a posibilidades notorias, Elías Cerdá ha compuesto su utopía a base de realidades, pero con un gran sentido de los «futures contingentes», con previsión que induce a recordar el cuento del que pedía un clavo para colgar la sotana, y a echar una mirada al extremo Sur de la península ibérica. La intuición clara y el hondo sentimiento de los asuntos en que se inspira, hacen de esa utopía una especie de continuación lógica de lo que pasó en España al comenzar la guerra. Claro es que los hechos aparecen exagerados. Dato propone al Rey la formación de un *Ministerio Nacional*, presidido por Romanones. Este decide intervenir en favor de los aliados. Cierta que la nación abunda en neutralistas y germanófilos, pero en cambio él, Romanones, cuenta con las masas que bullen y alborotan, y que Lerroux acaudilla. Cierta también que el ejército no quiere la guerra, pero la invitación parte del Rey, y los generales reconocen que la invitación es, en realidad, una orden exactamente lo mismo que ocurre, por ejemplo, con las invitaciones del Emperador de Alemania y Rey de Prusia a cualquiera de los soberanos de los pequeños Estados germánicos, invitaciones que el inferior no puede dejar de atender sin exponerse a algunos riesgos.

El *Ministerio Nacional* propone a Francia la ampliación de nuestra zona de Marruecos, a Inglaterra el pleno ejercicio de la soberanía nacional en el territorio español inmediato a Gibraltar, y a ambas la ocupación de Tánger, de tanta importancia para nuestra situación internacional futura. En vano Francia se desentiende de sus promesas de 1902, reservándose el estudiar oportunamente las concesiones territoriales. En vano Inglaterra nos despreocupa de las defensas de La Línea, San Roque y Algeciras, que bien defendidas están por los cañones del Peñón. En vano Grey, contra el espíritu del tratado de Londres de 1904, recuerda la frase de Nelson de que *Tánger debe ser inglés o no ser de nadie*. En vano Vázquez de Mella afirma que mientras Portugal esté separado de nosotros, la cesión de Tánger no es un regalo y sí un sarcasmo. En vano el sentido común grita que la situación de Tánger depende del final de la guerra, y que hasta que no se sepa quién vence y quién manda en Marruecos, es inútil cuanto se haga. El *Ministerio Nacional*, apoyado por los reformistas, marcha a la guerra sin vacilación.

Y entonces empieza la catástrofe. Primero, el pánico bursátil y el desbarajuste económico; después, el zafarrancho militar. Para los 500.000 soldados que los aliados nos piden, faltan oficiales, banderas, cuarteles, camas, vestuario,



carruajes, fusiles, municiones. No importa. Weyler se pone al frente de 300.000 combatientes, se avista con French y Joffre, y días después entran en Flandes las divisiones españolas y cambian sus primeros tiros con los alemanes. ¡Nuestro ejército está defendiendo el trono del único soberano que no supo evitar que en su reino se levantara una estatua a Ferrer!

Un crucero alemán se presenta ante Vigo, y en dos horas de bombardeo arrasa los fuertes, hunde las naves ancladas en la ría y produce el incendio de la población. La escuadra inglesa nos venga, echando a pique al crucero alemán, pero ocupando también nuestra plaza. El Gobierno británico nos recuerda la advertencia que ya nos hiciera con motivo de la guerra ruso-japonesa, conviene a saber: que la indefensión de las Islas Baleares y de las rías gallegas impli-

caría un grave peligro para Inglaterra en caso de guerra marítima; lo cual equivalía a decir que, si nosotros no artillábamos eficazmente esos puntos estratégicos, tal vez ella se viera obligada a ocuparlos, ante el temor de que pudieran hacerlo sus enemigos. La ocupación levanta la protesta de los jaimistas. Aparecen partidas en Navarra, Cataluña y el Maestrazgo. Se fusilan cabecillas. En las ciudades son asaltadas las tahonas. Se declara otra guerra a los caseros. El empréstito popular fracasa, y la crisis total se plantea.

A Flandes nuestro ejército llega a la hora en que, según Napoleón, no hay hombre que no sea héroe. Weyler piensa, no obstante, que, si Napoleón hubiese vivido en estos días de morteros y explosivos, es posible que hubiera cambiado de opinión respecto a los héroes. Los alemanes entienden el heroísmo a su manera, y España derrama inútilmente la sangre de sus hijos.

Luego nos meten los aliados en la empresa de los Dardanelos, para sacar del fuego las castañas. Más tarde, la guerra submarina acaba con la mitad de nuestros barcos mercantes. La intervención nos cuesta 5.000.000 de pesetas diariamente, sin incluir el importe de los armamentos adquiridos en los Estados Unidos, ni la merma en la recaudación de los impuestos, ni la paralización del comercio y de la industria. En la fecha de la entrada de Bulgaria en el conflicto, el resumen de la jornada es: que tenemos en el fondo del mar dos acorazados, varios cruceros y multitud de barcos mercantes; que han sucumbido 120.000 soldados españoles, y que la guerra nos cuesta ya 2.000.000.000 de pesetas.

Al finar el 1915, el desdichado pueblo español entra en el año nuevo amordazado, hambriento y abatido. De 1916 a 1919, sigue la guerra; los ejércitos del Kaiser llegan a los Pirineos; cientos de submarinos alemanes bloquean las islas británicas, y persiguen el comercio inglés en todos los mares del mundo; la conjunción internacional de obreros declara fuera del derecho de gentes a los ministros del Rey Jorge, por ser los únicos responsables de la continuación de la guerra, y el descontento en la metrópoli y la insurrección en las colonias, aceleran la decadencia de Albión y traen la paz. Y España se queda sin Gibraltar, sin protectorado marroquí, con Vigo en poder de los ingleses, con Canarias en poder de los alemanes. Y además de estas desgarraduras del suelo patrio, vienen de luto 200.000 familias españolas, y hemos gastado, en un lustro de campaña, 1.000.000.000 de pesetas.

Tal es, en brevísimos resúmenes, la fábula apocalíptica de Elías Cerdá, no inferior a la del mismo orden que *Ignotus* desenvuelve en su célebre obra *El sueño de lord Kitchener*. El lector que conozca a Elías Cerdá por sus otros escritos, todos ellos piezas de teatro, fácilmente comprenderá que su temperamento artístico era el más adecuado para adaptarse espontáneamente a esa forma literaria, que, en el caso presente, bien pudiera llamarse trágico-cómica. Algo abusa a veces de esta cualidad, llegando a lo grotesco, como en el relato de la invención del «carapacho de avance» y en el episodio que constituye a Lerroux «príncipe de Andorra».

Como críticos puristas, no siempre cabe aplaudamos su producción, que, con alguna frecuencia, cae en lo chabacano; pero como amantes de la patria y del honor nacional, debemos ensalzarla, reconociendo, otrosí, la deslumbradora claridad del estilo y la soltura de la exposición.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

DIBUJO DE K-HITO

Junto a la cuna

Dormid... Por vuestras frentes cruzan azules sueños,
 un ángel blanco guarda vuestras almas inciertas;
 al mecer vuestra cuna pienso en esos pequeños
 que duermen en los quicios de las calles desiertas.

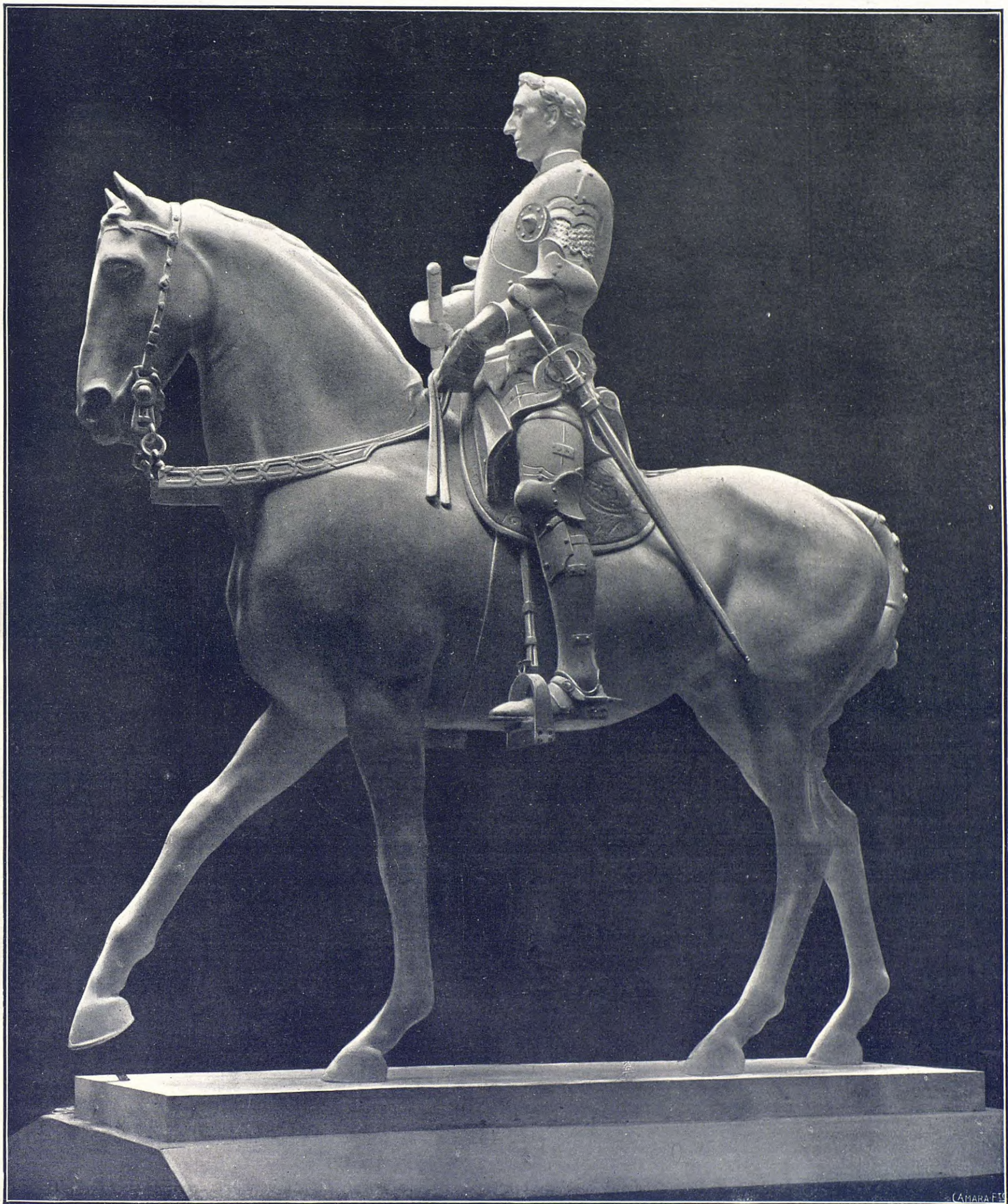
Y tengo mucho miedo a morir; mi cariño
 es escudo que guarda vuestra infancia florida,
 que no hay cosa más triste que los ojos de un niño
 que se entera tan pronto del dolor de la vida.

Dormid... Hasta el nevado candor de vuestra cuna
 como un lirio de plata, llega un rayo de luna...
 Dormid mientras yo mezo vuestra cuna a compás

y sollozo pensando en la pobre hermanita
 que se fué toda blanca, en la blanca cajita
 una tarde muy triste, para siempre jamás...

EMILIO CARRÉRE

LA ESCULTURA CONTEMPORANEA



CAMARA F. 19

Estatua ecuestre del Monumento al Gran Capitán, que habrá de erigirse en Córdoba, y original del ilustre escultor Mateo Inurria

En su estudio de la Glorieta de Quevedo, ha expuesto recientemente Mateo Inurria la estatua ecuestre del Monumento al Gran Capitán, que habrá de erigirse por suscripción pública en Córdoba. Recientemente construida, expresa esta nueva obra del insigne escultor su concepto de lo que debe ser la estatuaria moderna. Todo en ella está resuelto por planos, se simplifica y acusa sobriamente. Así son de reposado el conjunto y de gallardas las líneas. Tanto en la escrupulosidad anatómica del caballo, como en la riqueza decorativa de la ar-

madura, esta obra de un artista de hoy parece evocar el magnífico recuerdo de los grandes maestros del Renacimiento italiano. En la cabeza viril, enérgica, de serenos trazos, de Gonzalo de Córdoba, queda plasmado el espíritu de la raza. Así debió ser aquel hombre extraordinario cuyas hazañas y aventuras acaecieron en uno de los siglos más gloriosos de nuestra historia. Y cuando esta estatua recorte su silueta sobre el fondo de la cordobesa serranía, será como un canto de piedra y de mármol eternizador de la grandeza pretérita.

CUENTOS ESPAÑOLES

LAS VÍRGENES LOCAS

ERAN dos hermanas, Berta y Julieta, huérfanas de un diplomático que había hecho desarrollarse su niñez en lejanos países del Extremo Oriente y la América del Sur; dos hermanas, libres de toda vigilancia de familia, jóvenes, de escasa renta y numerosas relaciones, que figuraban en todas las fiestas de París. Los té de la tarde que se convierten en bailes, las veían llegar con exacta puntualidad. Una ráfaga alegre parecía seguir el revoloteo de sus faldas.

—Ya están aquí las señoritas de Maxeville.

Y los violines sonaban con más dulzura, las luces adquirían mayor brillo en el crepúsculo invernal, los hombres entornaban los ojos acariciándose el bigote, y algunas matronas corrían instintivamente sus sillas atrás, apartando los ojos, como si viesan de pronto, formando montón, todas las perversiones de la época.

Ninguna joven osaba imitar los vestidos audaces, los ademanes excéntricos, las palabras de ambiguo sentido que formaban el encanto picante y perturbador de las dos hermanas. Todos los atrevimientos que revolucionan el gran mundo encontraban su apoyo. Habían dado los primeros pasos hacia la gloria, bailando el «cake-walk» en los salones, hace muchos años, ¡muchos!, cinco ó seis cuando menos, en la época remota que la humanidad gustaba aún de tales vejeces. Luego apadrinaron la «danza del oso», el tango, la machicha y la furlana.

Su inconsciente regocijo, al ir más allá de los límites permitidos, escandalizaba á las señoras viejas. Luego, hasta las más adustas, acababan por perdonarlas. «Unas loquillas estas Maxeville... ¡Pero tan buenas!»

Todos conocían su existencia en un quinto piso, sin otra servidumbre que una vieja doméstica que hacía oficios de madre, suspirando al recordar las extinguidas grandezas de Su Excelencia el ministro plenipotenciario. Todos se daban cuenta de sus esfuerzos sonrientes y dolorosos para conservar el antiguo rango, con una modesta pensión procedente del padre y una corta renta de la madre; sus habilidades taumaturgicas para mostrarse bien vestidas á poco precio; su adopción de modas audaces, destinadas al fracaso, para ocultar con pretexto de originalidad el escaso valor de su indumentaria.

Las gentes murmuradoras denunciaban sus ocultos convenios con modistas y sombrereras que les proveían gratis, para que propagasen sus invenciones. Pero aquí se detenía la maledicencia. De sus costumbres, de su vida en la casa, ni una palabra. Las rancias familias diplomáticas que habían conocido al ministro, jamás tuvieron que amonestarlas por una imprudencia irreparable.



El despecho de los hombres era también un certificado de su honestidad. Corrían hacia ellas atraídos por su exterior desenvuelto. Se atropellaban unos á otros, como en una empresa fácil donde todo el éxito estriba en llegar antes que los demás. Risas provocativas, ojeadas misteriosas, palabras que parecían de esperanza... Y poco después, uno por uno, los conquistadores desandaban el camino, cabizbajos y encolerizados como un perro que se imagina encontrar un hueso y choca sus colmillos en una piedra.

—Unas astutas las pequeñas Maxeville; unas malignas, que faltas de dote buscan un marido á su modo.

Los mismos que decían ésto, habían acabado por designarlas con un mote. Las señoritas de Maxeville fueron en adelante «las vírgenes locas».

Todo resultaba exacto en este apodo, el defecto y la cualidad. Nadie ponía en duda su lo-

cura, ni lo otro. Eran como los directores de ciertos bancos que charlan en el ventanillo de la caja, sonríen, remueven las llaves, infunden esperanzas, pero no hacen el más pequeño préstamo á crédito, ni el más leve anticipo sobre promesas lejanas.

Las vírgenes locas iban á triunfar finalmente en su desespeada batalla con los hombres. La mayor, Berta, había conquistado la atención de un ingeniero ruso que se mostraba dispuesto á hacerla su esposa. La menor casi había conseguido lo mismo con un oficial joven; sólo le quedaba por vencer la resistencia de una madre, orgullosa y tradicionalista que vivía en provincias...

En ésto, un trompetazo desgarrador, insolente, brutal, cortó el ambiente de músicas sensuales y danzas voluptuosas en que se adormecían los humanos. Y la gente feliz corrió de un lado á otro, en pavoroso revoltijo, como los pasajeros de un trasatlántico que bailan en los dorados salones, vestidos de etiqueta, y de pronto escuchan la voz de alarma de

un tripulante. «¡Fuego en las bodegas!»

El segundo día de la movilización, la gente, agolpada en las inmediaciones de la Estación del Este, las vió llegar vestidas de negro, con un traje sobrio y casi monacal, un pequeño sombrero semejante á una gorra, un bolsito de mano y un paquete con lo más indispensable para la vida: dos camisas, dos pares de medias.

Las vírgenes locas se iban sin ruido, sin frases heroicas, sin dos líneas en los periódicos. Sus relaciones mundanas las habían aprovechado para conseguir rápidamente sus deseos. Marchaban á Verdun, á la frontera, al lugar del peligro donde todos esperaban el primer choque. Llevaban una carta para los directores del servicio sanitario. Parecían más altas, más robustas, de paso más firme. Su belleza de parisienenses á la moda, había desaparecido. Eran mujeres, iguales á las que lloraban ó gritaban de entusiasmo al otro lado de la verja; sin colorete, sin artificios, con el pelo libre de postizos, con las mejillas limpias y los ojos agrandados por una emoción que había venido á substituir los antiguos retoques del lápiz negro; ojos serenos, que miraban al porvenir heroicamente, adivinando la proximidad de la desgracia.

Y se perdieron entre la multitud de hombres uniformados, caballos y cañones. Y su recuerdo se perdió igualmente en la memoria de todos los que una semana antes comentaban sus palabras y gestos. La gente necesitaba pensar en su propia suerte; el peligro no dejaba tiempo para mirar el exterior. ¡Pobres vírgenes locas! ¡Infelices muñecas de París, arrebatadas por la tempestad, cuando daban vueltas y sonreían,

con sus bocas pintadas, á los sonos de una cajita de música!...

De tarde en tarde, las damas reunidas para hacer tejidos de lana destinados al ejército, evocaban su nombre al pasar revista á los muertos y los ausentes. «¿Las pequeñas Maxeville?...» Hacían proezas á su modo en los hospitales del frente. Donde ellas estaban, los hombres se morían sonriendo. En algunas ocasiones habían llegado hasta los mismos lugares de combate, oyendo el silbido de los proyectiles. El nombre de la mayor era citado en una orden del día.

Y siempre el mismo comentario final: «Eran buenas. Algo locas, pero de hermoso corazón.»

Transcurrió un año de guerra. Un día circuló la noticia de que Berta había muerto, víctima de su abnegación. Poco después ya no la nombraron. ¡Eran tan frecuentes los heroísmos! ¡Desaparecían diariamente tantos nombres conocidos!...

ooo

A retaguardia de la línea de combate, en un hospital instalado en un castillo ruinoso, encontré meses después á la última virgen loca.

No la hubiese reconocido. Pasó por una avenida del parque, casi saltando, con la toca revoloteante y moviendo bajo la blanca falda el ágil compás de sus piernas enjutas. Llevaba en las manos pálidas y transparentes un paquete de ropas. Su nariz y sus orejas brillaban con una claridad de vidrio sonrosado bajo la luz del sol. Parecía un cuerpo diáfano, con la transparencia malsana de la miseria física. Toda la vida se concentraba en sus ojos.

Un médico militar que venía conmigo me confirmó su identidad.

—Es la señorita de Maxeville: una joven del gran mundo antes de la guerra.

El doctor la conocía desde meses antes. Había presenciado la muerte de la otra, una muerte horrible, cuyo recuerdo le estremecía aún. Se había contaminado al querer curar las heridas de un moribundo perdido durante tres días en el fondo de un embudo de tierra abierto por una granada. Su agonía duró cuarenta y ocho horas, ennegreciéndose lentamente con la expansión de la sangre envenenada, aullando entre nerviosos estertores, doblándose como un arco sobre la cabeza y los pies que se clavaban en el lecho. Y la otra hermana se había negado á separarse de ella, abrazando el cuerpo convulsivo, besando sus ojos que no veían, su boca que sólo sabía rugir.

—¡Berta: corazón mío! ¡No te mueras...! ¡No te mueras!

Toda la vida juntas; toda la vida unidas por la orfandad necesitada de defensa, por la alegría que colorea la pobreza, por el deseo de crearse una posición antes de que terminase la juventud, ¡y verla morir ante sus ojos, entre tormentos desgarradores, sin poder salvarla, sin encontrar el medio de hacer plácidos y dulces sus últimos instantes!...

—¡Pobre muchacha!—prosiguió el médico—Ha visto parecer como un animal rabioso á la que era toda su familia. Poco después se enteró de la muerte de cierto oficial que deseaba ser su marido. Todos en el castillo admiraban su energía.

—No sé cuándo come, no sé cuándo duerme. Se la ve en todas partes, y á pesar de ésto, los heridos lamentan su ausencia. «Que venga la señorita Julieta»... Es el médico moral de esta casa. En muchos casos vale más que nosotros. Ella y su pobre hermana han realizado estupendas curaciones.

Las vi con la imaginación—mientras escucha-

ba al doctor—yendo de sala en sala como apariciones de salud que esparcían en torno la dulce alegría de vivir. Con los oficiales se mostraban algo recelosas. Eran hombres de su mundo y tal vez por ésto los juzgaban temibles, no pasando en su intimidad más allá de una solicitud natural y grave. Al entrar en las piezas ocupadas por el populacho doloroso se transfiguraban, animando con su regocijo el ambiente cargado de lamentos, de perfume de drogas y hedor de carnes rotas.

El recuerdo de madres y novias adquiría mayor relieve al ser evocado por sus labios. Describían los paisajes risueños del suelo natal á los enfermos ilusionados que poco después habían de morir; cantaban á media voz las canciones del terruño; encontraban con su instinto de mujeres de salón las conversaciones que más podían agradar á cada uno. La mayor había pasado una semana hablando de Ulises y la *Odisea* con un licenciado en letras que agonizaba lentamente, pensando en su tesis de doctor que jamás llegaría á leer en la Sorbona. Mientras tanto Julieta escribía cartas. El rudo marinero del Finisterre, el campesino de los departamentos centrales, el obrero burlón de la ciudad, el marroquí sombrío, el negro pueril veían abrirse ante su pensamiento bellezas descono-

zas. Una hora antes de amanecer—la hora fatal en los hospitales—, cuando el día apunta y el moribundo se extingue, los estertores de agonía murmuraban siempre el mismo deseo: «*Made-moiselle...* Una cualquiera de las dos señoritas».

Y ellas, que acababan de adormecerse en el silencio de plomo que precede á la llegada de la luz, acudían corriendo para presenciar una agonía más, para animar la mano yerta con el contacto de su mano, para disimular los pasos de la muerte con sus palabras que sonaban lo mismo que monedas de oro, con sus risas que parecían vibraciones de fino cristal.

ooo

—Y esta pobre—continuó el médico—prosigue la santa obra de la alegría. Cuando se ve sola piensa en la otra, piensa en el oficial muerto y huye en busca de los agonizantes, como si el dolor ajeno fuese su refugio. La sala de los incurables, de los que están condenados á morir, es su lugar preferido. Y canta, cuando minutos antes suspiraba á solas; ríe, con los ojos cargados aún de lágrimas.

Nosotros fingimos no ver lo que hace. ¿De qué sirven los reglamentos ante la muerte?... Lo que importa es que proporcione un poco de alegría al que se marcha. Cada uno hace el bien como puede. Anoche la sorprendí empleando su

método en la sala de los desesperados. Tenemos un tirador marroquí con las piernas y el vientre deshechos. Va á morir de un momento á otro; tal vez ha terminado á estas horas. Tenemos un alemán que está en la cama inmediata. Los colocaron así inadvertidamente; ahora es tarde para moverlos.

Los hombres de Europa olvidan sus rencores al verse en los límites de la vida. Este africano es de cólera larga. Cuando cree que no le ven, enseña el puño al enemigo inmediato, que le mira con ojos redondos y asombrados, lo mismo que si estuviesen aún en el campo de combate. La señorita de Maxeville corre hacia él, fingiéndose irritada.

—¿Qué es eso, Alf?... Quieto, ó me enfado contigo.

—No te enfades, señorita—murmura el moro—. Lo respetaré ya que lo pides. Pero esta noche cuando te marches iré á su cama y le cortaré la cabeza.

Y no puede moverse. Anoche rugía de dolor, alterando con sus gritos el silencio del dormitorio, quitando el sueño á los otros heridos, pugnando por levantarse para ir en busca del adversario y saciar en él su furia.

La señorita de Maxeville es la única que sabe calmar á estos hombres. Yo vi, á la tenue luz del dormitorio, cómo empezó á bailar, con un plato en la mano. Este plato le servía de pandereta. Movía las caderas, enroscaba el busto, acompañaba con balanceos su monótona canturreo oriental, sonreía lo mismo que una mujer de aduar que baila ante la tribu la «danza del vientre».

Los heridos soñolientos sacaban sus cabezas sobre los embozos, pugnando por moverse; las bocas negruzcas se animaban con una sonrisa pálida; las miradas ardorosas seguían con avidez el cuerpo de la danzarina, que iba trazando en los muros una procesión de siluetas.

El marroquí se había incorporado como un chical que desea saltar y tiene las patas rotas. Su admiración se escapaba en roncos barboleos.

—¡Oh, sonrisa del anochecer!... ¡Alegría de la sombra!... ¡Señorita blanca!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

DIBUJOS DE BARTOLOZZI





NUESTRAS VISITAS

MERCEDES PÉREZ DE VARGAS



MIENTRAS que Campúa se ensañaba con la preciosa modelo, haciéndole un centenar de fotografías en el gabinete, yo curioseaba por todos los rincones de la alcoba. De vez en cuando saltaba la voz mimosa y añorada de Merceditas, protestando cariñosamente contra mi inaudita audacia.

—¡Pero ese hombre!... ¡Enterándose de todos mis secretos!...

El lecho era de bronce y cristal, con el dosel de gasas y encajes... A la derecha estaba la mesita escritorio, y sobre ella, alguna carta, de cuyo contenido yo, muy indiscretamente, me enteré, y los papeles de las obras que la artista tiene en estudio... Abrí los cajones de la mesa escritorio, Merceditas, al oír el ruido, protestó más airadamente.

—¿Qué hace usted, hombre de Dios?... ¡Vamos!... Hasta dentro de los cajones me está andando. ¡Habrase visto!...

Y su fingida desesperación mimosilla se rompía en una risa cristalina y contagiosa... Tropecé con un paquetito de cartas, presas con una cinta color plomo... «Cartas de espectadores» rezaba arriba... Leí la primera... «Adorable y bellísima señorita: No puedo seguir más en esta situación y cojo la pluma para decirle que estoy locamente enamorado de usted. Desde que comencé la temporada vengo todas las noches a tener la dicha de contemplarla. Ocupo siempre la butaca número 10 de la fila 4.ª. Si después de verme no le soy a usted indiferente, para demostrármelo póngase un clavel del adjunto ramo en el pecho... Y si así es, me hará usted el hombre más feliz del mundo y mi fortuna—cerca de ochenta mil duros—y mi vida las pondré a su disposición. La idolatra, *Narciso Regidor*.»

No estaba mal. Yo solté la carcajada y renuncié a leerme las cien compañeras, más concebidas, sin duda, en la misma forma.

—Veo que recibe usted muchas cartas de espectadores enamorados...—la dije a Merceditas.

—¡Ya ha dado usted con ellas!...—gritó ella. Y variando de tono, prosiguió:

—Algunas... Tontos; no se figure usted que yo me creo que nadie se enamora de nadie tan fulminantemente.

A los pies de la cama había una *chaise-longue* con media docena de cojines y almohadones de seda...

—Ya puedes salir—me avisó Campúa, que había terminado de hacer las fotografías.



Mercedes Pérez de Vargas estudiando en su gabinete

—Verdaderamente—le dije a Merceditas, al mismo tiempo que me acercaba a ella—que hay habitaciones de las cuales no quisiera uno salir nunca...

—¡Vaya unos caprichos!—comentó ella. Pasamos a la sala suntuosa y allí tomamos asiento.

La linda actriz estaba, en la intimidad de su casa, más inmensamente bella que en el escenario. Vestía un traje de seda silenciosa color limón. La piel de su escote parecía alabastro y sus brazos, perfectamente torneados, dos serpientes de nácar. Las dos grandes perlas de sus pendientes recibían los reflejos del traje y parecían también verdes.

—Está usted muy bonita, Mercedes—comencé diciéndola, tras la serena contemplación.

—No; eso no, porque no lo soy—repuso ella.

—Sea usted sincera. ¿Usted cree ser guapa o fea?

—Ni lo uno ni lo otro. De verdad...

Hizo una pausa; después prosiguió:

—No creo que soy bella, pero sí creo que tengo muchos atractivos que suplen la falta de belleza.

—¿Cuáles?

—Los que me tratan dicen que tengo un poquito de talento...

Y al decir esto, hizo un delicioso mohín de rubor.

—¿Qué es lo que cree usted que tiene más bonito físicamente?...

—Hombre, los ojos; es de lo mejorcito que hay en casa. ¿Opina usted lo mismo?...

Tras de intentar una selección, tuve que confesar mi fracaso.

—La verdad, no sé escoger.

—Siempre galante.

—¿Tenía usted desde pequeña gran vocación por el teatro?

—Muchísima... En la soledad de mi alcoba me recitaba los papeles de casi todas las obras de Echegaray y Galdós... Yo soñaba con el día en que fuese una primera actriz... Era mi suprema ilusión.

—¿Qué actriz le gustaba a usted más entonces?...

—Entonces y ahora la Guerrero.

—¿Y Rosario Pino?

Los magníficos ojos verdes de Mercedes se quedaron fijos en los míos, queriendo adivinar la intención de mi pregunta. No lo consiguió y repuso:

—Sí, Rosario Pino también me gusta mucho, pero no tanto como la Guerrero... Si fuese al contrario, lo confesaría. ¿Por qué no? Yo, en cuestiones de arte, soy muy sincera y procuro desligarme de toda pasión.

—¿Cuál es el rasgo característico de su carácter Merceditas?

—El que debe ser en todo el mundo: Voluntad. Yo tengo una voluntad de acero. Aquello que me propongo, lo realizo, por encima de todo, hasta de las torturas de mi espíritu... Detesto la abulia.

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?...

—El día que he hecho *La Princesa Bebé* por primera vez.

—¿Por qué?...

—¡Qué se yo!... Tenía la aspiración de verme aplaudida en esta obra, que es una de mis preferidas; por eso la escogí para mi beneficio.

—¿Las obras de qué autor le gustan a usted más?...

—¡Oh!...—repuso sin titubear—. Las de Ja-

cinto... La prueba es que pienso hacer todo su repertorio.

Yo quise poner en un aprieto á Mercedes y la pregunté:

—Siendo Benavente su autor predilecto, podrá usted decirme: ¿De todo su teatro, cuál pensamiento le gusta más?...

—Muchos.

—Sobre todos habrá uno.

Meditó.

—Sí; espere usted que lo recuerde bien... Soy tan nerviosa, que á veces, cuando más ágil quiero tener la memoria, me acomete una amnesia absoluta... Ya me acuerdo. Lo dice *La Princesa Bebé* en el primer acto: «PARA UNA MUJER NADA TIENE SENTIDO EN LA VIDA SINO EL AMOR.»

Meditamos un momento sobre la frase... En los labios de Mercedes resultaba una paradoja. Después...

—¿Cuál es el día más triste que ha tenido usted en su vida?

—El día que se quemó el teatro de la Comedia. Fué para mí un golpe espantoso. No solamente por las pérdidas materiales, ni por los contratiempos artísticos: unos vestidos, unas alhajas..., eso ¿qué más da?... Un teatro donde trabajar sabía yo que no habría de faltarme... ¡Pero mi escenario de la Comedia, testigo de todas mis inquietudes de la juventud, de todas mis luchas, de todos mis triunfos, donde estaban todos los mejores recuerdos de mi vida, desaparecieron bajo un montón de cenizas. Horroso; le digo á usted que horroso. Yo no he experimentado jamás una angustia tan grande como ésta.

—Y ahora, ¿está usted plenamente satisfecha de la vida?...

—A ratos... A veces, cuando no me sale bien una cosa, me pongo frenética y quisiera, ¡qué se yo!..., suicidarme, porque me considero la criatura más desgraciada del mundo... Después pasa el chubasco y ¡tan feliz!...

—¿Es usted caprichosa?...

—Mucho y vehementísima.

—¿Ha llorado usted muchas veces?...

—¡Oh!... Casi todos los días de mi vida...

—¿Por motivos de amor?...

—¡Bah! ¡No!... Por contrariedades artísticas. Un papel que me cuesta trabajo aprender, una frase que no matizo bien, un gesto... Anoche, sin ir más lejos, me llevé una llantina enorme, porque me equivoqué en escena...

—Estaba yo en el teatro... No tuvo importancia...

—¡Ah! ¿con que estaba usted en el teatro y no entró á mi cuarto á consolarme?... Pícaro.

Y Mercedes hizo un gesto coquetón de gata feliz que tiene derecho á las caricias de todo el mundo. Entonces se me ocurrió una pregunta absurda:

—Si no hubiese otro remedio y en la necesidad de elegir, ¿qué animal le gustaría á usted ser?...

—Pantera...—contestó ella rápida y altiva—. ¡Qué lindo animal!... Me han prometido una muy pequeña... Ya verá usted qué mona.

—¿Qué cosa de la vida le inquieta á usted más?...

—La superstición... Oh, soy horriblemente supersticiosa; de tal manera, que influye notablemente en mi arte... Si antes de salir á escena advierto algo que me anuncia mal presagio, ya

mis nervios no me dejan trabajar, ni vivir, ni nada...

—¿A qué edad desea usted morir?...

—Joven; cuando empiece á estar fea.

—¿De qué enfermedad?... Escoja usted.

—Del corazón—dijo entornando los ojos soñadores.

Reímos.

—¡Ah! ¿Por qué ríe usted?—inquirió—. ¿Es que yo no tengo derecho á morir del corazón?...

—Derecho, sí; pero corazón...

—¿Sí?... Pues por exceso de corazón me pasan cosas muy desagradables.

—¿Qué ambiciones tiene usted para lo porvenir?...

—Manolo Benedito.

—Está bien—la dije sonriendo—; si no es uno de los mejores pintores del día, por lo menos es joven y tiene entusiasmos, ideales...

Hubo un silencio. Después le pregunté:

—¿Le gustan á usted los toros?

—Algo, no mucho; me gusta ir á la plaza y hasta á ratos me emociona la lidia y me contagio con el entusiasmo del público; pero no me apasionan...

—¿Y los toreros?...

—¡Vaya una preguntita!... Regular. Me gustan más en la plaza que en el trato.

—Pues un infortunado torero estuvo muy enamorado de usted...

—Sí—contestó entristecida—; estuvo muy enamorado... y nada más...

—Dicen que es usted una mujer un poco cruel, ¿es cierto?...

—¡Oh, no!—protestó Mercedes—. Yo soy muy buena; ahora bien: cuando me hacen daño ó se meten conmigo, siento indomables deseos de vengarme... Sí, soy vengativa; no lo puedo remediar.

Y como viera que nos refamos incrédulos, prosiguió:

—Usted hágame algo malo; ya verá cómo me las paga...

—Sería para mí un honor—contesté sinceramente—. Y ahora le voy á hacer una preguntita de pronóstico. ¿Ha estado usted enamorada alguna vez?...

—De haberlo estado lo seguiría estando; pero esa pregunta pertenece á la vida íntima. Que lo advine el curioso lector y si no que él me enamore á su gusto y de quien más le plazca. Comprenda usted, amigo «Audaz», que una confesión de ese género, por mi parte, podría perjudicarme y yo ya le he dicho á usted que soy ante todo y sobre todo una mujer-voluntad.

—¿Cuántos años tiene usted, Mercedes?...

Hizo un espantito muy salado.

—Y sigue usted con las preguntas incontestables. A fuerza de mentir siempre una edad distinta, ya no sé la que en realidad tengo... Cuando hace diez ó doce años nos conocimos, recuerdo que yo era mucho más joven que usted...

—Sí, en efecto, ¡mucho!, dos años. Tenía usted quince y yo diez y siete... Adoraba yo sus tirabuzones negros como la endrina y su cuello blanco como la luna. Una noche le propuse á usted que nos fuésemos á pie... A usted le aterró la idea de andar por la carretera obscura y silenciosa, tropezando con los montones de grava. Ahora comprendo que la proposición no era muy tentadora...

—Y, sobre todo—abundó Mercedes—, como sabía que hacerle á usted caso era desperdiciarme...

—¡Brava sinceridad!...

—¡Por Dios, no vaya á decir nada de esto!—clamó ella.

—¡Ah! ¿Con que *desperdiciarse*?... Lo diré, lo diré, para que sus admiradores y mis admiradoras sepan á qué atenerse respecto á los dos...

Y la monísima actriz refa y refa simulando una deliciosa confusión que estaba muy lejos de su espíritu.

EL CABALLERO AUDAZ



Mercedes Pérez de Vargas en su tocador

—No crea usted que me contento con poco. En mi arte desearía llegar á ser la actriz más genial del mundo, la más popular y la más querida, ¿eh? Creo que soy sincera.

—¿Y en su vida íntima?...

—¡Oh! En mi vida íntima, amar, ser amada y morir sin saber lo que son desengaños... Si llego á la vejez—que no lo deseo—ambiciono mucha tranquilidad...

—¿Sin hijos?...

—Mire usted, me gustaría tener hijos...

—¿Cuál es su mejor amigo?...

—Jacinto Benavente... Yo admiro y quiero á Jacinto con toda mi alma... Es muy bueno y tiene un talento extraordinario...

—Y su mayor enemigo, ¿quién es?...

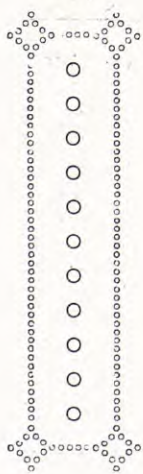
—Si lo tengo no le concedo ni la importancia de haber reparado en él. Yo desprecio á mis enemigos... Además, las mujeres no tenemos enemigos, sino enemigas. Y ¡ay! de la que no las tiene.

—¿Qué pintor le gusta á usted más?



CIUDAD VIEJA

¡Vieja ciudad de piedra cincelada
y de barro el más deleznable!
Eternidad eternizada
y vanidad de lo mudable.
Nidal en el risco señero,
donde un más allá se avizora.
Nidal del arrojado romancero.
Nidal de halcones y águilas de otrora.
«¿Por qué en el polvo del sendero
así yaces, buen caballero?»
«Apuré hasta las heces mi vino
en el cáliz de mi destino.



Dormir. Morir. Nada más quiero.
Apreté con mis ávidas manos
el haz fabuloso y rotundo
que forman los mares livianos
y las tierras firmes del mundo.
¡Mas, todo fué un fútil empeño!»
dice el hidalgo moribundo.
Están posados en su cabeza
la mariposa del ensueño
y el escorpión de la pereza.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

DIBUJO DE VIVANCO

LITERATURA CLÁSICA

Una edición de "El Bernardo del Carpio"

No es, por desgracia, frecuente el caso de un editor español que, con el respeto a las obras clásicas de la castellana literatura, ofrezca el ejemplo de cuidadas y escrupulosas ediciones de esas obras mismas.

El arte del libro, la estética editorial—que indudablemente existe—sólo se ha manifestado en aisladas tentativas y en empresas que ponían sus ojos en el mercado de América y atendían antes al lucro que al íntimo deleite de realizar bellas audacias con libros bellos. Laudables, sin embargo, eran estos simples intentos. Para los que amamos los libros y ponemos en su adquisición aquel empeño que los frívolos en joyas, los viciosos en los medios de satisfacer sus vicios y los artistas en la contemplación de los plásticos encantos pictóricos y escultóricos, una edición esmerada aumenta el mérito del contenido y la realza como ricas gemas y telas espléndidas á doncella dotada de naturales gentileza y hermosura.

¡Cuántas veces decayó nuestro ánimo y se entristecieron nuestros deseos al ver con villanos arcos la obra que nació para ser acatada como príncipe de nuestro pensamiento, y deliciosamente tenida como misteriosa hada de nuestras horas de hastío! Y ¡cuántas veces también perdonamos la mediocridad de un libro por el ornato de que le supieron rodear y por los externos atractivos que le hacían agradable y tentador!

Aun debía exigirse más detenido estudio y más intransigente elección de motivos ornamentales para la presentación de las obras clásicas del idioma y no para las modernas de mero pasatiempo, que todavía no contrastaron su áurea realidad ó su falsa oropelesca en la piedra de toque de los siglos.

Como reliquias son esos libros de los maestros de las épocas pretéritas. A la íntima riqueza que atesoran, justo es ponerles magnífica guarda y custodia. Que si mucho es el brillo purísimo de sus conceptos y profunda la agudeza de sus ideas, no menos dignos de aquéllos y de éstas sean los editoriales medios que contribu-

yan á darles realce y demostrar la pleitesía que los hombres de hoy deben rendir á los de ayer. Tanto equivale entregar las piedras de más elevado precio al artífice que mejor habrá de engazarlas.

Y, sin embargo, á pretexto de vulgarización literaria y so capa de explicar lo que ya de por sí nació claro y comprensible, ha caído sobre las obras clásicas castellanas una turba de editores sin conciencia y de glosadores pedantes. Raro es el libro de otros siglos que hoy no se ofrezca envilecido por el mercantilismo ó oscurecido por notas, apostillas y aclaraciones con que unos cuantos caballeros descubren mediterráneos harto conocidos y admirados ó dan á la inspiración y las palabras del autor un alcance que jamás le cruzó por el pensamiento.

De «bibliopiratas» ha calificado muy justamente un ilustre escritor catalán á esos editores españoles y franceses que infestan los mercados



BERNARDO DE VALBUENA

Autor del poema heroico "El Bernardo del Carpio"

EL BERNARDO. OVICTORIA DE RONCESVALLES

Poema heroico

DEL DOCTOR DON BERNARDO DE VALBUENA ABAD MAIOR

de la Isla de Lamayca

Otra toda ligada de una admirable variedad de cosas. Antiguas de España

ria, Cajas y linajes nobles de la Castuñeros de gentes Geográficas de España de los

mas feridos de la demanda de fabricas de edificios y de los Palacios de los Reyes

y de las formaciones y encantamientos de raras y peregrinas Artes

fija llenos de fortunas y moralidades.

Alonso Don Fray de Castro Conde de Lemos de Andarrey Villalva, Marqués de

Soria Conde de Castro y Duque de Lousiano Comendador de la Hermandad de Lousiano

don Del Consejo de Estado de la Maestranza y Capitan General que fué de las Rey

nos de Nápoles y Sicilia y Embaxador de Roma



Con Privilegio.
En Madrid por Diego Flamenco Año 1674

Facsimil de la edición "Príncipe" de "El Bernardo del Carpio", que se conserva en la Biblioteca Nacional

de América con ediciones plebeyas y exentas de buen gusto en las que sólo se adivina la industrial rapacidad de una gran tirada á bajo precio.

¿Cómo calificar á los que, por vanidad profesional ó por cobrarse de algún modo su pobre vida de ratón de biblioteca, sin otro deleite que hurgar papeles viejos por hurgarlos, remiendan lo que será siempre nuevo y cambian lo que debió ser llano y deleitoso camino, en carrera de obstáculos?

Amparan esta humilde opinión de ahora las que ya dieron, con más alta autoridad, escritores como Menéndez Pelayo, Milá y Fontanals, é, incluso, Azorín, que partidarios de la vulgarización de las obras clásicas y comentaristas de ellas en obras propias, dejaron á las ajenas con toda su integridad y toda su independencia de expresión.

Vienen estos reproches y alabanzas á cuenta de una edición excepcional del célebre poema del mitrado poeta Bernardo de Valbuena, titulado *El Bernardo del Carpio ó la Victoria de Roncesvalles*.

Suspende y maravilla la empresa por atrevida y por generosa. Aun teniendo en nuestras manos los dos tomos de que consta el moderno prodigio editorial, los creemos cosa de sueño y posibles de desvanecerse como si la locura ajena los hubiera creado y nuestra fantasía los imaginara—sin serlo—bella realidad.

A un maestro impresor de San Feliú de Guixols, D. Octavio Viader, se debe esta publicación, verdadero orgullo de las artes gráficas catalanas, que tuvieron siempre el noble prurito de competir con las más adelantadas y expertas del extranjero.

No es la primera vez que el señor Viader pone su entusiasmo, su inteligencia, su depurada sensibilidad y—lo que es más laudable en un editor—su dinero, al servicio de una idea más fácil de llevarle á la ruina que de conseguirle fructíferos resultados.

Antes de *El Bernardo del Carpio* publicó ya una magnífica edición gótica del *Quijote* sobre hojas de corcho y puso siempre en los tirajes sobre papeles de Japón y de Holanda, tal esmero y pericia, que no le escatimaron recompensas en las famosas ferias de Leipzig.

La mucha extensión del poema heroico de Valbuena, tan ubérrimo de amatorias delicadezas, quiméricas hechicerías, bélicas gestas y minuciosas descripciones heráldicas, no había consentido, hasta la actual, verdaderamente regia, otras ediciones que más bien alejaban que acicateaban el propósito de su lectura.

Ofrécese, en cambio, ahora, la inmortal obra con regia esplendidez, inusitada en las prensas españolas.

Forman esta nueva edición de *El Bernardo del Carpio* dos volúmenes en folio de 33 centímetros de alto por 24 de ancho, de 292 páginas el primero 264 el segundo, más XXVI de las *Eglogas* de Valbuena de acuerdo con la transcripción de Quintana.

La impresión ha sido hecha sobre papel de hilo, fabricado especialmente y con la marca de agua de Octavio Viader. Están orladas de rojo las páginas y en cabeceras, capitulares, cordeles y viñetas y colofones, así como en las páginas frontispiciales, háse desplegado un lujo de tintas y de detalles, realmente suntuoso.

Las láminas á toda plana son—como toda la ornamentación del libro—originales del gran dibujante catalán A. Saló y están tiradas en negro y oro sobre un fondo ligeramente amarillento, para conseguir bellísimo efecto.

No le ha guiado á D. Octavio Viader intereses de industrial sino admirables deseos de artista. Al hacer pública esta hazaña del maestro impresor de San Feliú de Guixols, rendimos un homenaje de gratitud á quien de tal modo enaltece el noble arte del libro en España.

Y lo ofrecemos como ejemplo á los demás editores contemporáneos. Porque ya nos daríamos por satisfechos con que se presentaran otras obras clásicas castellanas como Viader ha presentado *El Bernardo del Carpio* de aquel obispo de Puerto Rico, Bernardo de Valbuena, autor, además, de *La grandeza mejicana*, *El siglo de oro*, *Arte nuevo de Poesía* y de quien dijo, en *El laurel de Apolo*, Lope de Vega:

Tenías tú el cayado
de Puerto-Rico, cuando el fiero Enrique,
holandés rebelado,
robó tu librería
pero tu ingenio no, que no podía.

Luis F. HEREDIA



"Hispania Vinxit", uno de los dibujos de Saló que ilustran la nueva y hermosa edición de Viader

LA ESFERA

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



MARIA DE LA SOLEDAD ORELLANA Y NÚÑEZ
Bellísima señorita, hija de los vizcondes de Amaya

FOT. KAULAK

DON ANTONIO MAURA, PINTOR



D. Antonio Maura pintando en el campo, acompañado de su hermano D. Francisco

GRATA sorpresa fué la contemplación de estas acuarelas. Aun sabiendo la alta inteligencia, la bien educada sensibilidad, el hastío de ciudad que á refugiarse en campesinas soledades le lleva frecuentemente, fueron una revelación.

Responden, además, á su temperamento. Antonio Maura pertenece á una familia de artistas. Sus hermanos Francisco y Bartolomé han luchado en Exposiciones y han obtenido justos y numerosos premios. Muchas de estas obras que el público elogiaba, los periódicos reproducían y los jurados recompensaban, habían sido realizadas al lado de otras, acaso más interesantes, del hermano á quien la vida parlamentaria ó la intervención gubernamental del Estado impedía hacer públicas, por un pudor excesivo, de no mostrar el alma desnuda y complacida en tales juegos de belleza.

Fué Santiago Rusiñol quien primero me habló de este arte sutil y profundo á un tiempo mismo de Antonio Maura. Habían pintado muchas veces juntos en Mallorca. Luego en Santander tam-

bién poetas y pintores me elogiaron los paisajes montañoses que durante sus veraniegas estancias en Solórzano pinta Antonio Maura.

Y por último, también de Maura era la portada de un libro de versos titulado *Espigas y racimos*. Era un trozo de campiña próximo á Boecillo y respondía su castellana traza al espíritu reciamente castellano del libro de D. César de Medina, que tiene nombre y silueta de hidalgo de otros tiempos.

Ví al fin los paisajes mallorquines en que la luz y el color cantan apasionadas estrofas; los paisajes sombríos, impregnados de infinita dulzura, de la Montaña; y las austeras arideces castellanas que empiezan á sonreír con repentinas frondas en la provincia de Valladolid.

Contemplando estas acuarelas, en que el dominio experto y exacto del procedimiento se une al buen gusto de la elección y á la sumisa identificación de un gran temperamento artístico con la naturaleza, puede afirmarse que Antonio Maura es positivamente, indiscutiblemente, un buen pintor. Sin que entre para nada en esta afirma-

ción, incapaz de ulteriores rectificaciones, el prejuicio de sus prestigios políticos y literarios.

¿Qué importa, en efecto, que este paisajista de Mallorca, de la Montaña y de Castilla sea Presidente de la Real Academia de la Lengua, haya sido Presidente del Consejo de Ministros y signifique en la vida nacional una orientación política que, mientras no se demuestre lo contrario, parece simbolizar la regeneración de España? Podría ser todo eso y ser también un pintor mediocre, insignificante.

No es así, por fortuna. Cuando este pintor se coloca con su caja de acuarelista en la mano, delante de su frágil caballete de campo, frente á la Naturaleza, nada hay en él ajeno al arte. Todo en su alma va tranquila é ilusionadamente hacia la belleza, tembloroso de deseo por realizarla, primero; feliz después, cuando ve que en sus cartones, en su hoja de papel, va quedando la lozana exuberancia de Mallorca, los umbreros valles y los ásperos montes cántabros, las castellanas tierras...

SILVIO LAGO



Paisaje montaños, por D. Antonio Maura

ACUARELAS DE MAURA

EL ALMA DEL PAISAJE

SUAVEMENTE NOS quitan de la imaginación estos cuadros la idea de que son tales cuadros y dan, en cambio, la sensación de que nos asomamos á la Naturaleza para verla tal como es, sin que la mano del hombre la codiara á través de su temperamento.

Excelsa cualidad es ésta que no todos los pintores dominan y que responde á la integridad del espíritu, libre de prejuicios estéticos y de propósitos mercantilistas. Se acerca el artista á la Naturaleza como un místico á un altar, desprovisto de pompas y artificios. Siente cantar en sus profundos la amplia polifonía de las cosas, que parecen inertes y sin divino soplo, á los profanos y á los indiferentes. Coge los pinceles como si su mano estuviera li-



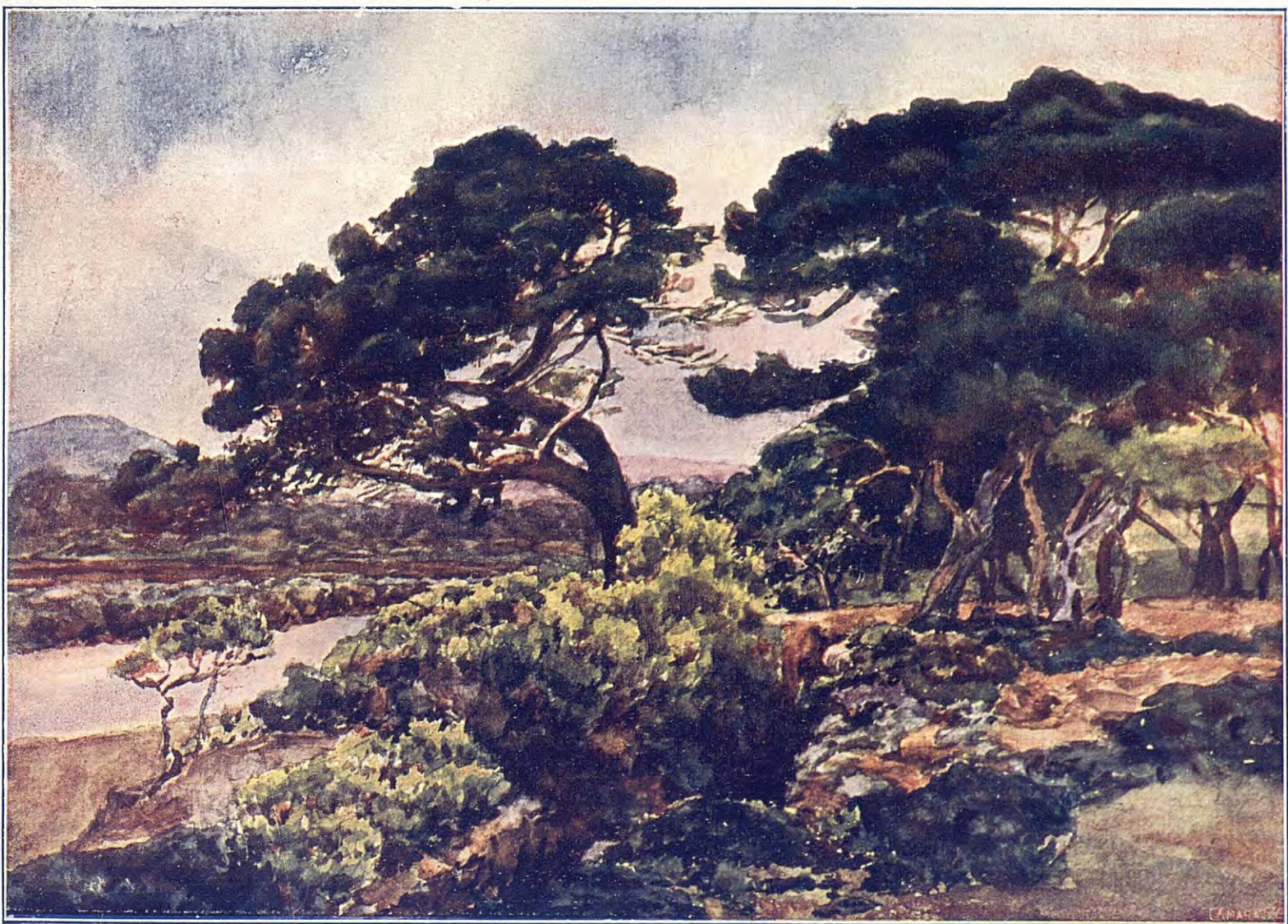
Paisaje, por D. Antonio Maura

bertada de los mandatos sensoriales.

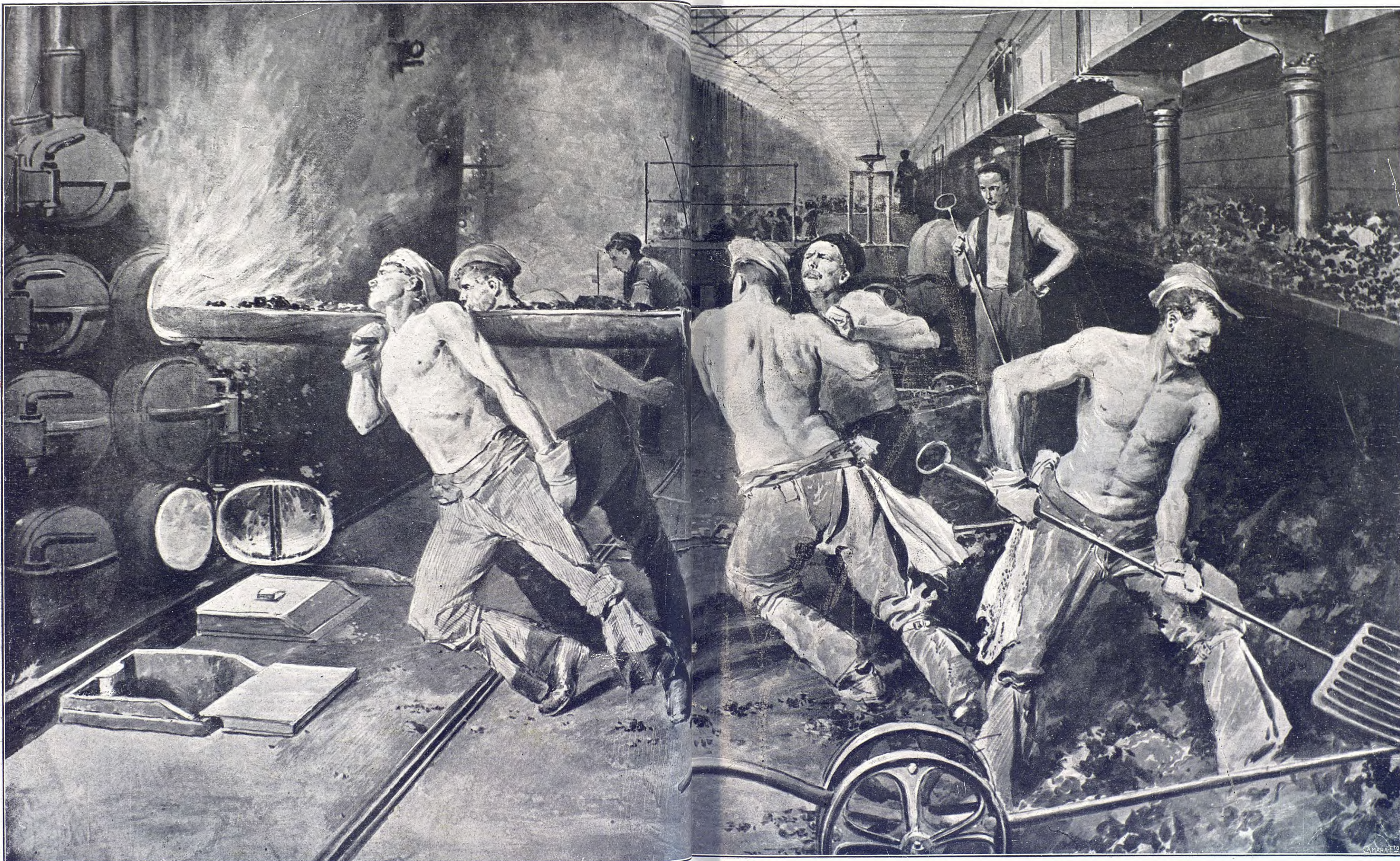
Y así, poco á poco, van quedando plasmado sobre el lienzo ó sobre el papel los colores y la luz y el aire.

Doblan bajo el impalpable, pero latente, capricho del viento sus ramas copiosas los árboles. Cruzan lentas en la serenidad azul las blancas nubes. Se advina en la tierra el ritmo del agua próxima y la vida oculta de miradas de seres minúsculos entre la aterciopelada verdosidad de la yerba.

Pero todavía más. Esto, con ser mucho, no sería bastante si el artista no hubiese tenido presente aquella frase de Enrique Federico Amiel, inflamado de un ingenuo panteísmo ante sus lagos, sus montañas y sus glaciares: «Todo paisaje es un estado de alma».



Paisajes originales de D. Antonio Maura



Aspecto de uno de los hornos de la Fábrica de Gas, en Londres, que, á consecuencia de la crisis de la hulla, ha tenido que reducir considerablemente su producción

Dibujo
Matania

LAMARCA

DE NORTE A SUR

Sí vís pacem...

Los yankis son previsores. Para ellos el pasado no existe y el presente significa sólo un trampolín para los saltos futuros. Así la vida no les trae nunca sorpresas desagradables y son ellos, en cambio, los que representan el papel de sorprender á los demás.

También son el pueblo de las transformaciones en que los hombres tienen múltiples actitudes y los objetos aplicaciones distintas. Practican la simplificación al revés; llegan á lo que los artistas llaman «estilizaciones» agrupando detalles útiles.

De este modo, á fuerza de facilitarse la vida, de rodearla de mayores comodidades y secundarias perfecciones, la van acortando cada vez más. En la novela admirable de Kellerman, *El Túnel*, existe un capítulo que podríamos llamar la elegía de los envejecidos. Porque en Norte América el límite de las humanas energías se señala antes que en Europa. Fatalmente las pupilas imantadas de porvenir y las manos que trabajan el ensueño, para cambiarle en realidad, han de ser jóvenes...

Ahora la obsesión del mundo es la guerra. Incluso las tierras más apartadas de los campos de batalla crujen como si fueran á agrietarse en las modernas trincheras. Y en los hombres, la sangre se agolpa al corazón como anunciando lo que en tiempos de paz es asesinato y en bélicos tiempos heroísmo.

Los yankis, á pesar de que Wilson se limita hasta ahora á cambiar notas con Alemania, piensan que puede llegar el momento de cambiar balas. Y no por dólares, como afirman los malpensados, atribuyéndoles á los Estados Unidos el negocio de vender municiones á los países beligerantes. Sino balas por balas y torpedos submarinos por submarinos torpedos y en vez de empaquetar momentáneamente indefensas é inmóviles las aeronaves, lanzarlas con sus alas desplegadas y el bordonado de su motor y la amenaza flamígera de sus bombas bajo el cielo que antes de 1914 se consideró neutral.

Por de pronto, ya construyen las canoas de recreo como esos bastones paraguas con que los hombres previsores desconfían del sol y no quieren confesar su desconfianza.

La Compañía concesionaria de los Grandes Lagos, acaba de botar al agua una de estas embarcaciones. Es la *Cinuscán II* y en las tardes plácidas se desliza rápida por el río de San Lorenzo llevando en su férrea panza y bajo la toldilla, gentiles muchachas vestidas con vaporosos trajes y mancebos parecidos á los de ojos claros y rizos sobre la frente que, desde las películas norteamericanas, quitan el sueño á las tobilleras del Gran Teatro y del Trianon Palace.

En caso de guerra esta canoa que los yankis imaginan de aspecto pacífico, puede trocarse repentinamente en una embarcación de combate. A proa y á popa pueden montarse sendos cañones de á tres pulgadas. El escaso calado de las canoas las permite navegar en distintas aguas y profundidades. En vez de gentiles damitas y mozos de pelo rizado, los marineros ágiles como gatos...

Sin embargo, la *Cinuscán II* no puede enganar. No es el blanco «yacht» para los esplines de un multimillonario; no es tampoco la ideal embarcación pronta á partir con rumbo á Citeria en el cuadro de Watteau.

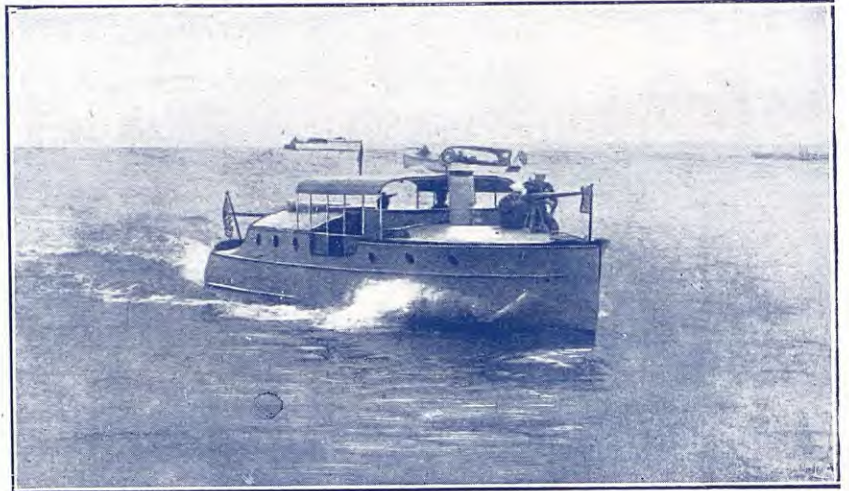
Ni siquiera recuerda aquella góndola veneciana en la que Musset le escribió unos renglones desesperados á Jorge Sand y que

Jorge Sand contestó dirigiendo su carta de un modo romántico: «Al signor A. de Musset, in góndola alla Piazzetta.»

Es más prosaico su aspecto, más yanki, con esa silueta maciza é inarmónica de cuanto sale de las fábricas y de los cerebros yankis.

El prisionero ruso

En la calma, triste y miserable, del campamento de Stargard, en



La canoa de guerra yanqui "Cinuscán II"



Figurín de playa

madera y todos ellos han sido tallados de un mismo pedazo, sin otros útiles de trabajo que un cortaplumas.

Se piensa en las soledades bucólicas y cotidianas de los pastores helénicos que tallaban sus flautas rústicas para modular en ellas los paganos cánticos.

El prisionero ruso no podía tallar una flauta. La dulce emoción de la paz no existe para él. Su religión sombría y fastuosa, con la pesadez de los bizantinos iconos, es bien distinta de aquella del pastor de égloga con sus dioses floreales y agrestes.

El ruso prisionero, inconscientemente arrancó de la madera el símbolo de su vida: las cadenas que son esclavitud, la llave que significa el obstáculo de la libertad, el cubierto tosco, humilde, que representa la inevitable necesidad fisiológica, satisfecha con un poco de rancho...

Figurín de playa

A «Rosalinda» le he robado este figurín que pertenecía á su sección de modas. Para obtener el perdón os diré que nuestra compañera «Rosalinda» es menudita, rubia, con los ojos azules, las manos breves y la voz cantarina. Si «Rosalinda» quisiera peinar su cabello en trenzas, llegarían éstas á sus chinoscos piececillos. «Rosalinda» viste unos trajes sutiles que ponen feéricos deslumbramientos en los pasillos de nuestra Redacción.

Y como «Rosalinda», además de menudita y rubia es bondadosa, me perdonará que la haya robado este figurín.

Lo lanza la señora Sudney A. Williams y es el último modelo para las playas.

Como veis, las faldas ya son tan cortas, tan cortas, que han desaparecido. La señora Sudney lleva sólo una blusa relativamente larga y como las botas no podían subir hasta el muslo y sería un poco incorrecto mostrar toda la pierna, emplea la señora Sudney una especie de calzoncillos cortos con sus cuatro botones, que serán pronto el último chillido aquí en España. La sombrilla no tiene ya esa graciosa forma de cúpula que resucitaba en nuestra época las románticas sombrillas del segundo imperio francés, para recordarnos los dibujos de Constantin Guys y los cuadros de Winterhalter. Es plana, completamente plana. El sombrero de ires picos está levantado airoosamente de un lado, como los que usaban los alemanes en su ex colonia de Camarones.

Finalmente, como este figurín es para verano, lleva alto el cuello para abrigar bien la garganta y el pecho. Después de todo ya se escotaron bastante las señoras durante el invierno.

El nuevo figurín parece hecho á propósito para playa. La libertad en que deja á las piernas consiente á la mujer huir rápidamente de los hombres. Pero no en la arena... Con faldas y sin faldas nadie corre sobre la arena.

Y esta yanki nos recuerda á aquella baturra que estaba sola, ronca, le dolía un pie y tenía á su madre en misa...

José FRANCÉS



Trabajo en madera, que demuestra la paciencia de un prisionero ruso

Pomerania, un prisionero ruso ha terminado la labor paciente, lenta, de muchos meses.

Puso en ella esa paciencia resignada de los rusos, en que el instinto se encorva y las energías se acolchonan. Los ingleses encerrados en los campamentos de concentración siguen cultivando sus músculos con los deportes; los franceses dibujan ó escriben versos ó inventan juegos de azar en que ganar el dinero á sus compañeros de infortunio; los alemanes levantan jardines—¡oh, el alma sentimental de la Carlota goethiana!—ó aprenden el idioma y toman notas útiles—¡oh, el alma hermética del espía Otto Ubrich!—que el día de mañana serán armas de combate.

Los rusos se resignan y dejan pasar las horas de descanso sin que trabaje su inteligencia ni se fortalezcan sus músculos. Tanto les importa su mísera existencia en el fondo de una isla lejana que en las húmedas trincheras ó los campamentos de concentración.

Cuando más, hace lo que este prisionero de Stargard: una obra pacienzuda, un poco infantil, como el alma rusa; un poco absurda, como las labores de los presidios.

Son cuatro cadenas unidas por una argolla y que sostienen una cuchara, un tenedor, un cuchillo y una llave. Todos estos objetos son de



"Los pendientes de coral", cuadro de Luis Huidobro

UN PINTOR DE MADRID

MARCÓ la Exposición Nacional de 1910 el comienzo de la verdadera tendencia pictórica de Luis Huidobro: el madrileñismo.

Antes, el notable pintor había templado su espíritu y su técnica en intentos aislados y sin norte fijo: retratos, paisajes, escenas abocetadas bajo inspiraciones momentáneas y no respondiendo a un nexo determinado.

Es un caso lógico y repetido en la historia artística de los pintores. La evolución definitiva llega cuando ya el artista se acerca a la segunda juventud y todo responde en él a la consciencia de sus actos y de sus ideas.

Exponía Huidobro el año 1910 tres cuadros: un retrato y dos tipos, de mujer y de hombre respectivamente, madrileños.

Eran aciertos indiscutibles. De un modo sobrio y enérgico había sabido el artista interpretar el alma compleja de Madrid en aquellas dos figuras. Al

nombre de José Bermejo, que hizo en el admirable lienzo *El desquite* una página netamente madrileña, se unía el de Huidobro, nacido también en Madrid, viviendo siempre en los barrios castizos y que venía a llevar al lienzo lo que Répide, Ramírez Angel y Fernando Mora llevan al libro.

Tercera medalla obtuvo uno de estos lienzos de Huidobro y ello le animó a proseguir el camino iniciado. En la Nacional siguiente de 1912 acusó de modo más preciso y afirmativo su tendencia con los cuadros *El cané* y *Mi madrina*.

El cané, pintado de un modo amplio y jugoso, prolongaba en el cuadro los aciertos decorativos que ya el autor había logrado en concursos de carteles y en ilustraciones editoriales. No perjudicaba esto, sin embargo, al valor realista de la escena. Cinco granujillas, agrupados con experto dominio rítmico de la línea, juegan al cané. Arrancados del natural eran un trozo pintoresco y característico de

la vida madrileña. *Mi madrina* era superior a *El cané*. Acaso signifique, hasta ahora, la obra capital de Huidobro. Una mujer, más bien fea que bonita, envuelta en un mantoncillo de crespón. Nada más. Y, sin embargo, ¡cómo está pintado ese lienzo que obtuvo segunda medalla y se conserva en el Museo de Arte Moderno! Es un prodigio de sencillez, de firmeza, de absoluto dominio de la paleta.

Ratifica el acierto de *Mi madrina* la otra figura *Una morena*, presentada en la Exposición de 1915 al mismo tiempo que el lienzo *Toreros y paisanos*, más laudable por el propósito que por el resultado.

Por último, hay en el lienzo *Los pendientes de coral*—cortado de este modo peculiar en Huidobro que ya vimos en *El cané* y *Toreros y paisanos*—la ampliación de su madrileñismo, puesto que no se limita a figuras aisladas, sino que las agrupa en escenas representativas y en ambientes típicos.

S. L.

LA ESFERA
ANGLADA CAMARASA



Acusa la Exposición de cuadros de Anglada Camarasa en el Palacio del Retiro, una renovación artística de indiscutible transcendencia en la pintura española. A su fantasía imaginativa une el ilustre pintor una riqueza cromática extraordinaria y un sentido decorativo de excelente buen gusto. Anglada Camarasa que, con Ignacio Zuloaga y Sorolla, ha representado y representa fuera de la patria el arte luminoso, recio, afirmativamente enérgico de

nuestra raza, ha sido en las Exposiciones internacionales de Venecia, Munich, Viena, París, una de las más sólidas manifestaciones estéticas. Por primera vez expone en Madrid y los laureles extranjeros se han reverdecido con el legítimo triunfo de España. LA ESFERA, que cuando la Exposición Anglada en Barcelona consagró a dicho acontecimiento artístico la importancia debida, se complace en enviar hoy su entusiasta saludo al eminente artista.

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Cristo de Alonso Cano, que se conserva en una de las capillas de la Catedral de Segovia

FOT. HIELSCHER

HABLANDO CON LAS SOMBRAS
INTERVIUS DE ULTRATUMBA

CASTRO Y SERRANO

D. JOSÉ DE CASTRO
Y SERRANO

HABÍA estado yo en cierta tertulia del Ateneo oyendo un diálogo que sostenían un viejo de los que leyeron el «Diario de un testigo de la guerra de África», de Alarcón, cuando esta obra admirable se publicaba por entregas, al mismo tiempo que ocurrían los sucesos en ella relatados, y un joven que emplea muchas horas de su vida en leer cuanto se escribe acerca de la guerra europea presente, y aún volaban cerca de mí las palabras del contemporáneo de don Pedro Antonio, que, repetidas muchas veces durante el coloquio, constituían como un estribillo sintético de sus ideas. Aquel anciano decía: «La fuerza sugestiva de un hecho no está en la importancia de éste, sino en la amenidad de quien lo refiera. Amenidad. Esa es la llave con que se abre la puerta de la indiferencia.»

Meditando acerca de tal aseveración iba yo en busca de la ciudad donde moran los personajes de mis informaciones; y así me hallé en el viejo y olvidado Cementerio de la Sacramental de San Lorenzo de la Villa y Corte, y en su patio de Nuestra Señora de la Portería. El azar me había conducido, y este genio protector del periodista me hizo detenerme ante un nicho en cuya repisa se deshojaban varios manojos de flores allí colocadas por algún tierno memorador de una amistad preterita. En la lápida del blanco mármol se leía: «D. José de Castro y Serrano. Falleció el 1.º de Febrero de 1896. R. I. P.»

La amenidad—me dije—. He aquí donde está uno de sus definidores. Recordé el discurso que leyera el maestro de la galana sencillez al entrar en la Real Academia Española, y que tenía por tema: «La amenidad en las letras». Y me pareció que la piedra se abría y el busto del autor de «La capitana Cook» surgía asomándose al negro hueco, como a una ventana, la amable sonrisa en los labios, la corbata negra anudada en correchísimo lazo, el cabello peinado con la raya al lado izquierdo.

Y sin esperar que yo interrogara, él me dijo: —Singular locura es la de venir á buscar la amenidad al Cementerio, donde tal vez sólo encontrarás el dolor si no es que la risa te salta al ver algunos epitafios con los que la vanidad del finado, ó el indiscreto amor de sus dolientes, ha permitido que la burla entre en el recinto de los muertos. Pero he de disculpar tu osadía porque allá, hacia el año de 1840, siendo estudiante de Medicina en Granada, mi patria olvidadiza, hice mis primeros ensayos de escritor con un estudio de *La risa en el Camposanto*, que me valió el elogio de mi insigne paisano Martínez de la Rosa.

—¿Estudiásteis Medicina? ¿Cómo parásteis en literato?

—Estudié Medicina y fui médico al cumplir los dieciocho años de edad, porque desde niño sentía una indomable afición por las ciencias naturales. Hubiera querido ser botánico, pero mi familia pensó que el estudio de las hierbas no era cosa productiva. Fui médico por afinidad de las ciencias que yo amaba. Cuentan de Linneo que, cuando era niño de dos años y lloraba, su madre le ponía en la mano una flor, lo cual bastaba para que la criatura callase.

—¿Ejerció usted la profesión de médico?

—No. No soy culpable de la muerte de un solo ser humano. La curiosidad que me produjeron los secretos de la naturaleza me llevó á esa carrera; pero cuando en 1845 fui á Madrid para sacar allí mi licencia de caza, esto es, mi título de facultativo, me hallé con un ambiente espiritual que determinó en mí nuevas orientaciones. Poco antes que yo habían ido á la Corte varios jóvenes granadinos, ó residentes en Granada, que en esta capital se juntaban conmigo y que formaban la famosa «cuerda». ¿Quién no ha oído hablar de la «Cuerda granadina»? Componíanla más de cincuenta mozalbetes aficionados al arte: literatos y poetas unos, músicos otros, algún pintor, tal cual pintor ó arquitecto. Vivíamos en perenne reunión y en hermandad gigantesca. Eran los días de la bohemia intelectual, los de aquella bohemia que pintó Murger en su libro célebre. Entre los más ilustres miembros de la compañía del desenfado y del ingenio se hallaban Fernández y González, Pedro Antonio Alarcón, Riaño, Moreno Nieto, Fernández-Jiménez, Manuel del Palacio, Mariano Vázquez, Leandro Pérez Cossío. Ellos salieron de Granada, según

decían, para conquistar la capital de la nación. Y sí la conquistaron, porque á los pocos años todos ellos habían llegado á altos puestos en sus respectivas profesiones. Alarcón había escrito sus admirables páginas de *El pañuelo* y *La Nochebuena del poeta*; Vázquez dirigía la orquesta del teatro de la Zarzuela, entonces en todo su apogeo; Moreno Nieto era catedrático de la Universidad Central; á Manuel del Palacio le solicitaban los periódicos para que les diera sus coplas intencionadas, maldicientes y castizas.

—¿Y usted?

—Yo era redactor jefe de *El Observador*, un periódico singular distinto de todos los que se habían publicado antes y se han publicado después. Y poco más tarde empecé mis ensayos novelescos, mis *Historias vulgares*, en las que me propuse contar las menudas acciones de la vida, que no por ser de cada día dejan de ser interesantes.

—Dígame algo de sus *Cartas trascendentes*.

—Aquello fué un juego. Una dama muy bella y muy distinguida me pidió consejo para resolver algunos problemas de su existencia y sobre la mejor manera de organizar su casa. Acababa de llegar de provincias y desconocía el ritmo de la vida cortesana. Yo, por complacerla, le escribí una carta, en la que anunciaba otras. Un gran periodista, Bravo y Destouet, redactor principal de *La Epoca*, la leyó, y encontrando en ella algo interesante me propuso que las continuara y se las diera para insertarlas en su periódico. El conjunto de ese trabajo fué grato á las mujeres. No se pretendía otra cosa.

—Los que le han tratado á usted aseguran que no daba usted importancia alguna á sus escritos.

—Así es la verdad. No se la daba ni la tienen. Por eso alguien, con mala intención, dijo que yo no era sino un aficionado á las letras, no un literato.

—Ese juicio de sus enemigos, entre los cuales se halló usted mismo con su excesiva modestia, ha sido contradicho por la crítica y por el público que estima en cuanto vale la delicadeza de su prosa, el fino ingenio cortesano, la gracia ateniense de sus obras.

—Es favor. En una de mis narraciones, no recuerdo si es en *La capitana Cook* ó en cual, hay un personaje que sólo está contento cuando los demás prescinden de él. Si va á un banquete, quiere ser colocado en el último lugar de la mesa; si al teatro, compra una entrada de paraiso. Pues así he sido yo. Todos peleaban por ser los primeros. Yo he peleado por ser el último.

—Y no lo ha logrado usted. La fama le buscó y le encontró á pesar de su empeño en esconderse.

—Mi placer mayor ha sido viajar. Así, los libros que menos me desagradan de cuantos tracé, son los en que están reunidos mis artículos sobre las Exposiciones de Londres de 1862, de París de 1865 y la posterior de Viena.

Tan grande ha debido ser para usted que hasta ha inventado viajes que no ha hecho.

—Aludes á la *Novela de Egipto*.

—Una de las más galanas supercherías periodísticas que se recuerdan. ¿Quiere usted contarme en qué circunstancias se hizo?

—La gran obra que muchos habían intentado y que Lesseps realizó, fué un acontecimiento universal, y la inauguración de la nueva vía marítima, celebrada en Noviembre de 1869, bajo la presidencia de los Emperadores Napoleón III y Eugenia, atrajo la atención del mundo todo. Muchos corresponsales de la prensa europea asistían á las fiestas. De la española creo que sólo presenció el acto inaugural Eusebio Blasco, que fué enviado á Port Said por *El Imparcial*. En una tertulia aristocrática, en que yo me hallaba, hablábase del asunto una noche, y yo, incorregible mantenedor de paradojas, afirmé, no recuerdo con qué motivo, que lo que mejor se refiere es lo que no se ha visto. Una señora, famosa por su ingenio peregrino y arriscado, me contestó: «Pues si es así, cuéntenos usted la inauguración del Canal de Suez». No respondí entonces, pero me comprometí conmigo mismo á aceptar el reto, y cuando llegué á mi casa busqué algunos libros que me pusieran en antece-

dentes, estudié el Canal y la historia de su construcción, me procuré datos, y me decidí á inventar una correspondencia que sólo yo sabría que había sido escrita en Madrid. Fué necesario poner en el secreto á otra persona, al gran periodista D. Juan Ignacio Escobar, porque yo dedicaba mi trabajo á *La Epoca*, donde en efecto, apareció. Guardó el secreto aquel insigne amigo con celo tal, que nadie se enteró de la verdad del caso. El éxito fué extraordinario, y no dejó de contribuir á la frescura y realidad de mi relato y de mis descripciones, una dama amiga que efectivamente se hallaba en Suez, donde su esposo ejercía alta misión, y que me enviaba cada correo unas cartitas perfumadas y llenas de curiosas informaciones.

—¿Qué temas eran más agradables á su pluma?

—La literatura culinaria. No te sorprenda. Mi espíritu curioso hallaba en los secretos de los marmitones mucho que escudriñar. Por eso sostuve con tanto gusto aquella polémica con el doctor Thebussem, en la que yo firmaba mis artículos con el pseudónimo de *Un cocinero de Su Majestad*.

—¿Cómo no intervino usted nunca en la política?

—Siempre me causó antipatía. Amigos míos eran los más elevados personajes de la gobernación pública, y más que ningún otro D. Antonio Cánovas del Castillo. Quiso él hacerme diputado, Director general, Consejero de Estado... Nunca acepté la oferta. No servía yo para tales menesteres. Mis libritos, mis cuartillas, mis paradojas y una hora de buena música... Con eso le bastaba á mi ambición.

—Su mano bondadosa amparó los comienzos de más de un literato y de no pocos artistas.

—Me atraía la mocedad esforzada que quería abrirse camino, y gustaba de ayudar á los bisoños. De lo que sí estoy cierto es de que nunca puse mi amistad en quien no lo mereciera.

—De esa suerte fué usted quien más contribuyó al éxito de aquel banquete famoso que se dió en Madrid á Pérez Galdós, cuando éste había llegado al pináculo de su obra, y al que asistieron Cánovas y Echegaray, y entre ambos representantes del partido conservador y de la democracia revolucionaria, todos cuantos, prescindiendo de las opiniones del novelista, rendían homenaje á su talento.

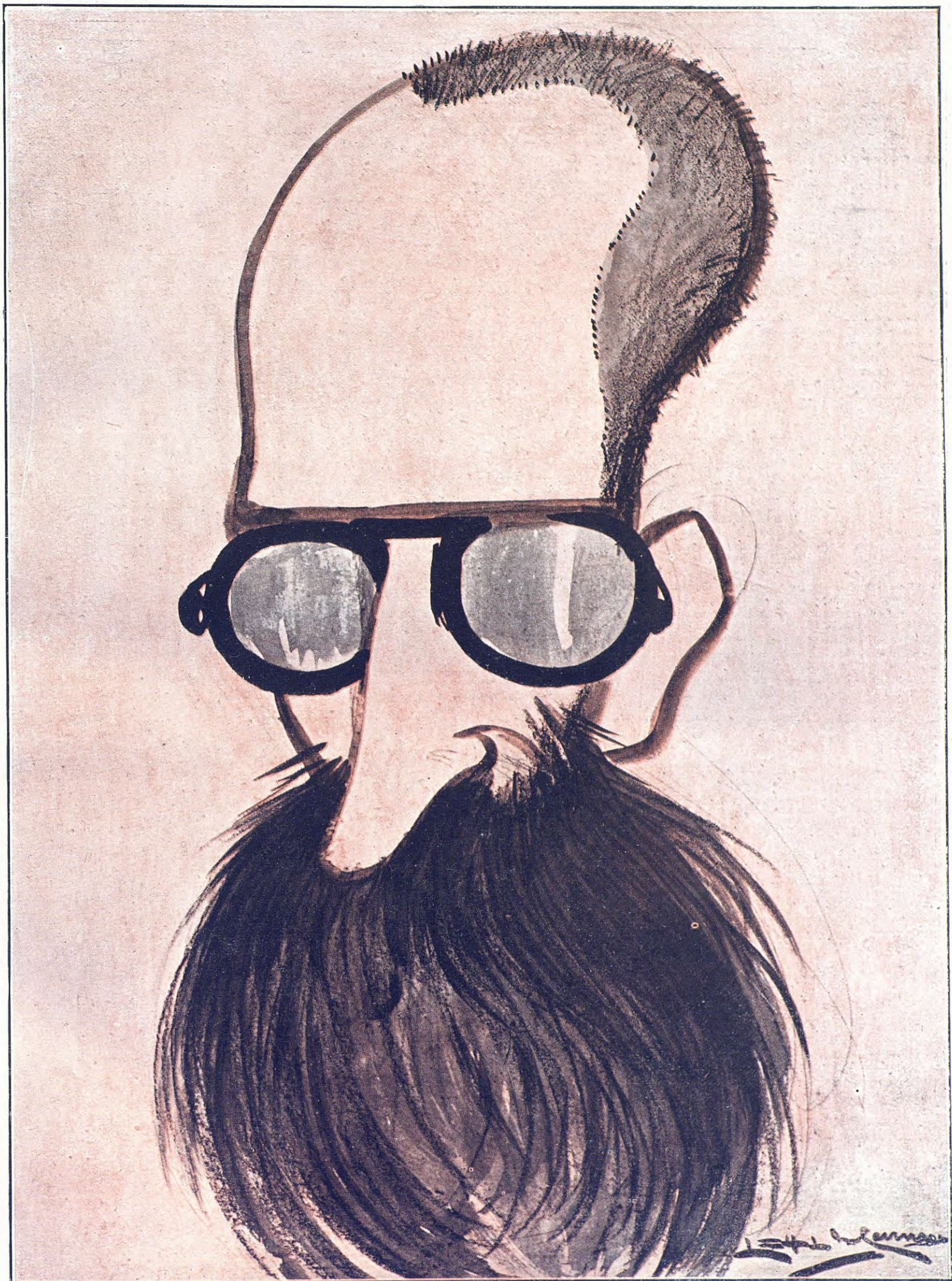
—Mucho han cambiado las cosas. Ese banquete que fué posible en el año de 1885, sería imposible hoy... Yo era gran admirador y amigo fraternal de Benito Pérez Galdós. Contribuí cuanto pude á la fiesta solemne que se le había preparado y leí las cuartillas que el maestro había escrito dando las gracias. Cánovas habló maravillosamente, y Echegaray pronunció uno de sus mejores discursos. Pero no hice solo eso en aquel acto literario. Hice más: redacté la lista del banquete en castellano, y aún me acuerdo de que en él figuraban unas «rajas de ternera á la doña Perfecta», que estaban sabrosísimas.

—¿Y qué me dice usted de su entrada en la Academia?

—Que fui á aquella casa porque es una de las pocas tertulias distinguidas á que nunca había asistido. Pero si yo entré en la Academia, la Academia no entró en mí. Fui siempre el menos afecto á los trabajos de erudición. Ya sabes que amo sobre todas las cosas la amenidad. Pero permíteme que ponga fin al coloquio y me retire á mi habitación. Viene allá la Duquesa de X X... que fué en vida mi amiga. Sin duda la traen por acá los recuerdos de sus parientes que yacen aquí cerca. Si me viera tendría que saludarla, y ya no estoy para saludos. Ni me encuentro presentable. La ceniza de sepulcro le pone á uno perdido... Adiós...

CLARÓ DE LA PLAZA

CARICATURAS DE HOMBRES CÉLEBRES



D. RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

DIBUJO DE LEAL DA CÁMARA



BELLAS ARTES
ESCULTURAS DE BENLLIURE



Retrato de D. Federico Requejo

Es Mariano Benlliure uno de los escultores favoritos del público. Entrar á sus talleres equivale siempre á entrar en un ambiente de actividad extraordinaria.

Y por entre sus obras va y viene el maestro, sonriente, con su traje de terciopelo, su montera fantástica y la sonrisa de los labios rojos, entre la H negra del bigote y de las patillas.

Aun antes de que Benlliure las ponga nombre, ya sabemos á quienes repro-



Retrato de Fernando Roca de Togores



Retrato de D. Eduardo Dato

ducen estas esculturas, por como está conseguido el carácter del retratado.

Y de pronto una sorpresa que es también una ratificación. He aquí esta figura de niño desnudo, con el pelo rizado, y sosteniendo, como un San Juan de murillesca traza, el corderito.

El arte inconfundible de Benlliure, en la interpretación de chiquillos desnudos, surge en este admirable retrato, que tal vez sea uno de los mayores aciertos del ilustre escultor valenciano...



Retrato de Pastora Imperio



Retrato de Doña Rosario La Iglesia

(Esculturas de Mariano Benlliure)

LA ESFERA
LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA



El general ruso Brusilof, reconquistador de Czernovitz y jefe superior del ejército que ha penetrado en la Bukovina, haciendo retroceder las líneas austriacas

Es un nombre hace pocas semanas desconocido en Europa y hoy popular, éste del general Brusilof. En Rusia disfrutaba de sólidos prestigios como hombre organizador, dueño de su técnica, sólidamente cimentada en el rudo bregar de los campos de batalla. «Como el célebre Murat—dice uno de sus biógrafos rusos—posee la bravura y la audacia en férrea amalgama

con la cautela y la astucia. Sus soldados le adoran y tienen fe en él.» —¿Y si os hicieran retroceder los austro-alemanes, ahora que están enviando refuerzos al frente oriental?—preguntó a un sargento ruso cierto corresponsal de guerra. —¿Retirarnos?—contestó el sargento—. Eso es imposible, señor; somos soldados de Brusilof.

LAS TRAGEDIAS DE LA GUERRA

HOSPITALES DE SANGRE

En la lucha moderna el número de heridos que son corolario de cada combate, es enorme. No bastan á contenerlos los hospitales fijos de la paz ni las ambulancias de la guerra, y tienen que hallar forzoso albergue en los grandes almacenes de las fábricas que paralizaron sus tareas y en las amplias naves de las iglesias, al pie de los altares donde se venera la excelsa idea de la Divinidad.

Desde las trincheras á los puestos de socorro de las ambulancias, á los hospitales de evacuación en trenes sanitarios, en coches Lohner, hasta en barcos hospitales improvisados sobre los buques de recreo de los ríos navegables. Todo es poco para restañar tanta y tanta sangre, para calmar tanto y tanto dolor, para aminorar tanto y tanto infortunio.

El servicio de sanidad de los ejércitos comprende el de la zona del frente, el de la zona de etapas y el del servicio de retaguardia, que es el resto del territorio. La sanidad del frente emplea los tratamientos de urgencia, señala los cuidados que hay que tener con los heridos, cura á los heridos graves y á los enfermos intransportables, ordena las evacuaciones y vigila la higiene general del ejército.

En la guerra de posición, el puesto de socorro es fijo; en la guerra de movimiento, el médico jefe lo instala en el sitio más conveniente, y, á ser posible, más seguro. En estos puestos la acción quirúrgica está limitada á la cura indispensable, provisional y á la aplicación de aparatos sencillos é interinos para las fracturas.

Enseguida vienen las ambulancias, que se establecen fuera del alcance del fuego enemigo, en un patio, en una sala, en un castillo ó en una capilla, donde las circunstancias, maestras siempre, aconsejen y ordenen; en estas ambulancias son pasajeros los heridos transportables y quedan sometidos á plan curativo los que no están en condiciones de ser evacuados.

El grupo de evacuación comprende de los hospitales de evacuación, las enfermerías de estación de la zona de etapas y las enfermerías de tránsito. Los heridos aguardan en el hospital

de evacuación el tren que les debe conducir á los hospitales del interior.

Las ambulancias del frente se subdividen en activas y de reserva; aquéllas avanzan si avanza el ejército, éstas permanecen estacionadas, inmovilizándose con sus heridos, para ser verdaderos hospitales de campaña, volviendo á ser móviles cuando han podido evacuar sus acogidos; por ello utilizan locales muy diversos y por ello es muy reducido y muy sencillo su material operatorio. Procuran siempre buscar abrigo tras las fluctuaciones inmediatas de la primera línea.

En estas ambulancias prodigan sus solícitos

cuidados enfermeras de la asistencia pública ó de la Cruz Roja, religiosas ó laicas, altruistas y benéficas siempre.

La fuerza nerviosa de resistencia excede con mucho á la de los hombres; sus cuidados, como sus manos, son más delicados; aportan á los heridos y á los enfermos bondad y paciencia, y es su sonrisa para aquella doliente humanidad una esperanza y un consuelo; más que las medicinas, sus mimosas atenciones y cuidados son lenitivo de cruentos dolores, que son el contraste de la brutal tragedia.

La cirugía en los ejércitos en lucha es la más pesada carga que puede incumbir á un médico.

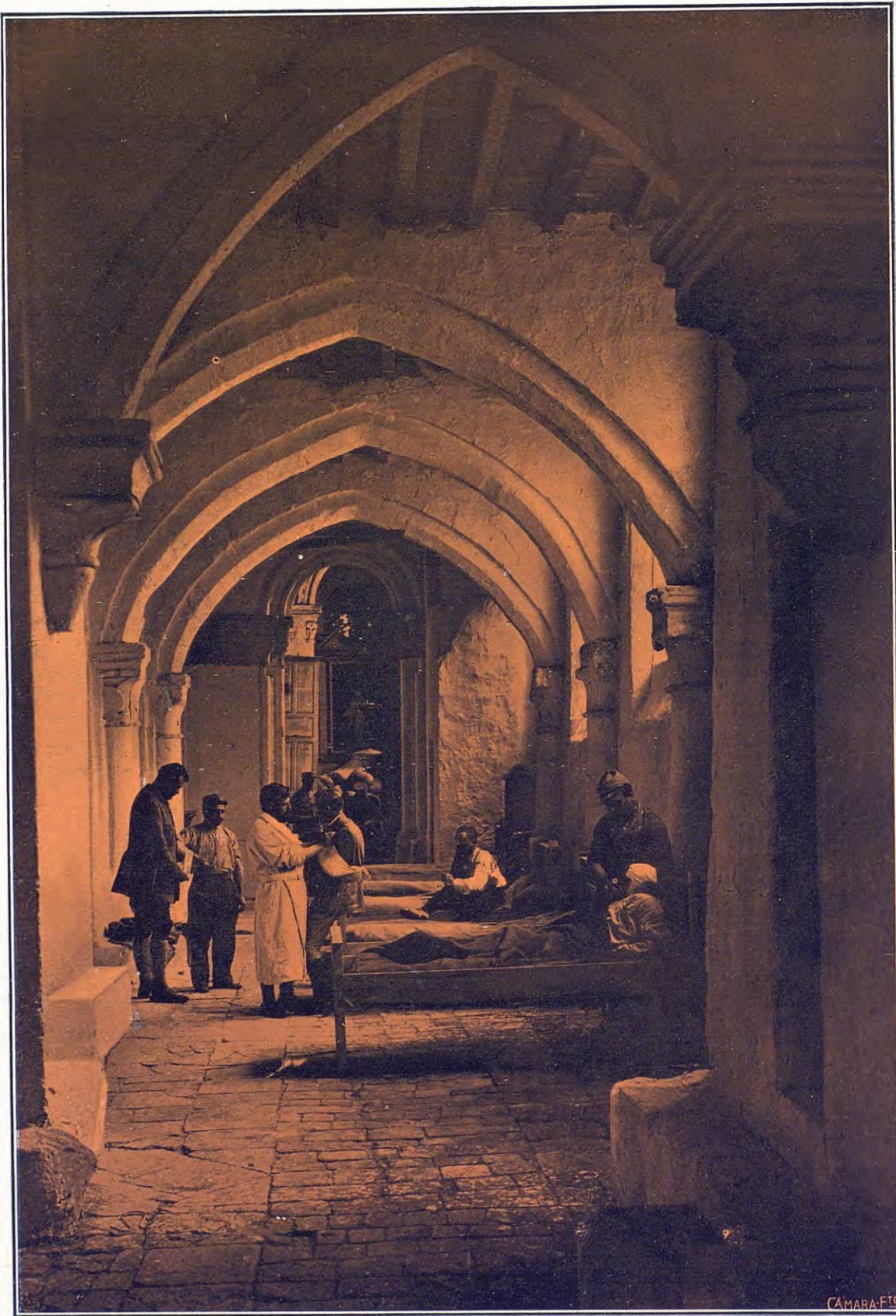
Ejerce allí su ciencia un poder discrecional, sus dudas no pueden aguardar consejo ni consulta; debe proceder velozmente, y, si se equivoca, su único juez es su conciencia.

Cada herido es un caso distinto, un estudio variado, un nuevo ejemplo de infortunio; los médicos de los hospitales del interior pueden estudiar pacienzadamente cada caso; los de los primeros puestos y los de las ambulancias tienen que diagnosticar rápida y concisamente, tienen que clasificar sin vacilaciones; tienen, á veces, que operar sin esperanzas.

Por ésto el servicio regimental de la línea de fuego tiene que estar auxiliado por un personal apto para atender á las primeras necesidades.

Y con su altruismo humanitario y grande, ayunos de preferencias y simpatías, atentos siempre á devolver salud y vida á los bravos servidores de la patria, que por servirla cayeron al impulso del hierro enemigo, de su pericia y de su celo dependen cientos, miles de vidas.

La salud del herido no es función sólo de la rapidez con que haya sido hospitalizado; depende también de la mano que haya de curarle, de la seguridad científica de su operador y quién sabe si de los cuidados exquisitos de las enfermeras que velan su sueño y vigilan su dolor.



Galería de una iglesia del Alsne, convertida en hospital de sangre

FOT. HUGELMANN

CAPITÁN. FONTIBRE



PRIMAVERA TRISTE

—Qué triste, madre, retorna,
bajo el sol, la primavera;
por más que espero, soñando,
no llama Amor en mi puerta,
como otras veces llamaba,
cuando en los huertos abría sus galas la primavera.

Por más que mis ojos, madre,
vigilan las blancas sendas,
no veo por los caminos
venir el galán que aguardo tras del cristal de mi reja.
Decidle, madre, decidle,
si pasa lejos, que venga,
que, de mirar tanto tiempo la cibura de los caminos,
estoy quedándome ciega
y están teniendo mis manos, de tanto implorar al cielo,
la palidez de la cera.

Ayer he visto posarse,
sobre un zarzal de la huerta,
un ave de corvo pico
batiendo sus alas negras.

—No esperes, hija, no esperes,
que llame Amor con su mano sobre el cristal de tu reja,
que Amor levantó sus alas,
dejando sin luz la tierra.

Es, hija, Amor peregrino
que gusta de blandas sendas,
de cielos siempre encendidos,
y de corrientes serenas.

Si en vez de esperar, en vano,
romero que nunca viene, tras del cristal de tu reja,
salieses, niña, al camino
que pasa junto a tu puerta,
oirías aullar el viento
como un lebré que ventea
la muerte, y en el camino
verías cómo los hombres pusieron agudas piedras,
y cómo en los muertos cielos están los celajes turbios,
y en la aridez de los campos están las fontanas secas.

—Malthaya, madre, los hombres
que así pusieron la tierra:
sin frutos en los frutales,
sin aguas en las albercas.

Ayer miraron mis ojos,
en un rosál de la huerta,
abrirse un florón de rosas
como la sangre bermejas

—No extrañes, hija, que frutos
de sangre muestre la tierra,
que el surco ofrece en verano
lo que en invierno se siembra.

—Decidle, madre, decidle,
si pasa lejos, que venga,
que, de mirar tanto tiempo la albura de los caminos,
estoy quedándome ciega
y están teniendo mis manos, de tanto implorar al cielo,
la palidez de la cera.

—Si es, hija, Amor peregrino
que gusta de blandas sendas,
de cielos siempre encendidos
y de corrientes serenas,
¿cómo, hija, quieres que llame
sobre el cristal de tu reja,
si están los caminos, tristes,
cubiertos de agudas piedras,
y están los celajes turbios
y están las fontanas secas?

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE C. S. DE TEJADA

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES

VOLTAIRE

De este famoso iconoclasta que destruía haciendo imposible toda reconstrucción, porque destruía con el escarnio, es sobradamente conocida su vida para detenernos en reseñar sus pormenores en una revista como la que tienes en tus manos, lector, porque ello equivaldría a una ofensa a tu cultura.

Ni aun de este glorioso maestro de la sátira osaría hablarte si no fuese porque la vista de su escultura regalada a nuestra Asociación de la Prensa por los periodistas franceses me tentó a referir unas cuantas ingeniosidades tuyas que me parecen tan poco conocidas como dignas de conocerse. Si me equivocasé haceos cuenta que estas líneas no tienen otro objeto que servir de marco al grabado y bien se puede entonces perdonar el traspies en gracia a la modestia de mi propósito.

Un académico de Chalons decía una vez que su academia era la hija mayor de la Academia francesa.

—Añadid—le replicó Voltaire con toda su mordaz intención—que es una hija tan buena que nunca ha dado que hablar.

Requerido a dar su opinión acerca de una tragedia a cuya lectura le habían comprometido, contestó ingenuamente:

—La dificultad no está en hacer una obra como ésta, sino en responder con sinceridad al autor.

A uno que le abrumaba con cartas le escribió una que contenía sólo estas palabras:

—Señor, yo me he muerto; de modo que ya no podré nunca tener el honor de contestaros.

A los postres de una comida copiosamente rociada con champaña, apostrofó a Lord Liltleton con estos dos versos:

Fier et bizarre Anglais qui des memes couteaux
coupez la tete aux Rois et la queue aux chevaux.

En una velada divertíanse en su casa contando historias de ladrones y se le instó a que contase una a su vez.

—Había un ministro...; y se detuvo diciendo: ya no sé más.

Como un prelado le preguntase si había leído su pastoral contra el *Emile*, le contestó:

—Yo, no, Monseñor, ¿y su ilustrísima?...

Al recibir la visita pretenciosa de un abate llamado Le Sueur, como el gran pintor de la escuela francesa, y al oírle decir que iba a visitarle como hombre de letras, le contestó con aquella mueca heladora de su ironía:

—¡Ah! Señor abate, vuestro nombre no sólo no me es conocido sino que me es muy admirado... en pintura...

Cuando la Clairón estuvo en Ferney para visitarle se arrodilló a sus pies en el mismo instante de verle. El gran poeta se arrodilló a su vez y le dijo en un exceso de alegría:

—Bueno, querida, y ahora que estamos los dos en tierra, ¿qué hacemos?

A su vuelta a París, los comediantes franceses encargaron a Bellecour que pronunciase el discurso de bienvenida. Voltaire, demostrando muy honda emoción, contestó solamente:

—Yo no puedo vivir ya sino por vos y para vos.

Concluida la ceremonia alguien observó que Bellecour había pronunciado su oración en un



Estatua de Voltaire

tono tan patético que casi había enternecido al auditorio. A lo cual replicó Voltaire:

—Sí, sí: El y yo hemos representado muy bien esta comedia.

La popularidad del gran humorista era tal que un charlatán, haciendo juegos de manos en el Puente Nuevo, gritaba:

—He aquí un juego de manos que yo aprendí en Ferney de un grande hombre, de M. de Voltaire, nuestro maestro, el maestro de todos nosotros...

Hablando el maestro de la dificultad de introducir palabras nuevas, decía:

—Nuestra lengua es una pobre muy altiva; hay que hacerle limosna a pesar suyo.

De su espiritual galantería, al paso que de su instinto de molestar, da idea esta otra anécdota:

A la salida de una representación de *Zaire* encontró a Madame de Chateaux acompañada de un marqués que la galanteaba. Este, refiriéndose a lo patético de la obra, dijo refiriéndose a la dama:

—He aquí unos bellos ojos a los cuales habeis hecho verter abundantes lágrimas.

—¡Pis! Ya se vengarán en otros—respondió Voltaire.

Arnaud quiso devolverle las pequeñas cantidades recibidas para ayudarse a terminar sus estudios. La deuda ascendía a 600 libras. Voltaire rehusó tomarlas diciendo:

—Eso es una bagatela. Un niño no devuelve confites a su padre.

Si muy cáusticos lenguazos atizó en su vida, no menos cáusticos los recibió. A Pirón, poeta de más ingenio que suerte, y a quien él zahirió

y ultrajó y vejó no pocas veces no obstante haberle imitado muchas, preguntole una vez su opinión acerca de su tragedia *Zelina*. Pirón le contestó muy bien:

—¿Queráis que la hubiese hecho yo?...

El propio Pirón, viendo que Voltaire daba un tropezón al salir del estreno de su *Rome sauvée*, que había fracasado, le dijo riendo.

—Tened cuidado, que aquí las caídas son frecuentes.

Aunque de Pirón pienso ocuparme en otro artículo, no puedo resistir la comezón de contar dos respuestas tuyas muy ingeniosas; la una, muy digna, se la dió a un guasón que le preguntaba por qué no pertenecía a la Academia francesa.

—Porque yo no podría hacer pensar como yo a treinta y nueve personas ni yo podría menos pensar como esas treinta y nueve.

La otra respuesta fué a uno que le pedía su parecer acerca del discurso de entrada en la Academia.

—¿Eso os preocupa? Pues eso está hecho en seguida: os levantaréis, os quitaréis vuestro sombrero, después, en alta é inteligible voz, diréis: «¡Señores: muchas gracias por el honor que me hacéis». Entonces el Director, sin quitarse el sombrero, os dirá muy formalmente: «Señor, no hay de qué». Y todo estará dicho.

Volviendo a Voltaire, a un amigo que se le presentó en el castillo de Ferney, y que al día siguiente de su llegada le manifestó su intención de pasar allí seis semanas para gozar de aquel delicioso paraje, le contestó zumbonamente:

—Haceis bien; no queréis pareceros a Don Quijote: él tomaba los mesones por castillos; vos tomáis los castillos por mesones.

Viendo que durante la representación de su *Orphelin de la Chine* el presidente de Montesquien que la presenciaba se había dormido, dijo en seguida:

—Se figura que está en la Audiencia.

Detenido a su entrada en París con la pregunta de si llevaba consigo algo que debiese pagar algún impuesto, exclamó:

—Aquí no va de contrabando nada más que yo.

Como oyéndole hablar con entusiasmo al parecer sincero de las obras del famoso Haller un adulator le dijese: «¡Ah, señor, así debía él hablar de vuestras producciones como vos de las suyas!», Voltaire replicó:

—Eso no importa; quizás nos engañemos los dos.

Como tres damas encantadoras al visitarle le besasen de todo corazón en casa del Marqués de Villette, les rogó que se sentaran, añadiendo:

—Las Gracias de pie hacen muy bien; sentadas aún mejor, y acostadas... dichoso quien pueda aún saberlo!

Después de la catástrofe de los jesuitas uno de ellos se retiró a Ferney.

Como alguien le preguntase el nombre del huésped a quien ocultaba y protegía, respondió con sorna:

—Es el Padre Adán, que no es el primer hombre del mundo precisamente...

ARTE REGIONAL

LOS PINTORES ARAGONESES



"Una baturra", por Lafuente



"Retrato de señora", por García Condoy



"De regreso de la fuente", cuadro de Marín Bagüés

HA servido la reciente exposición celebrada en el Palacio de Museos de Zaragoza para demostrar la pujanza y la bien orientada modernidad de los pintores aragoneses.

Celebrada la exposición en honor de Goya y á beneficio de la suscripción provincial para su monumento, consagráronse dos salas á Ignacio Zuloaga y otra sala á los artistas aragoneses, en unión de Uranga, amigo fiel y paisano del maestro vasco, que ha remitido una serie de obras de distintos tamaños, asuntos y méritos. Tiene el propósito LA ESFERA de hablar pronto y extensamente de Ignacio Zuloaga. Limitémonos por hoy á comentar, con la parquedad que el espacio nos permite, los envíos de los pintores aragoneses.

Han remitido cuadros los señores Marín Bagüés, Aguado Arnal, García Condoy, Guadalupe, de Gregorio, Gárate, Casanova, Estevan, Gracia Bayod, Palarés, Ara, Iñigo, Gil Bergasa, Lafuente, Murillo, Díaz Domínguez y Oliver Aznar.

Desde luego el triunfo es de los jóvenes. En Aragón, como en todas las regiones que integran la vida española, hallamos en la juventud las felices pruebas del actual renacimiento estético. Destácase en primer lugar Marín Bagüés. Marín Bagüés obtuvo en la Nacional de 1915—con toda justicia—una segunda medalla por su cuadro *Los comprometidos de Caspe*. En esta Exposición presenta el otro cuadro que acompañaba á *Los comprometidos*, *El fan bendito* y completan su envío un paisaje de Florencia, *De regreso de la fuente*, *El almuerzo*—página de realista precisión y vigorosa factura—y *Una del siglo pasado*.

De regreso de la fuente, es acaso, lo más interesante, con sus empa-



"Goya ante el Cabildo del Pilar", cuadro de Díaz Domínguez

tes y veladuras, con su cálida sensación, por responder á la última manera del joven maestro.

Díaz Domínguez ha sido una revelación para nosotros. Sus lienzos *Goya ante el Cabildo del Pilar* y *Capricho*, nos hicieron desear el conocimiento de otras obras suyas. Hemos visto los *panneaus* del Ateneo y Casino Mercantil y no vacilamos en diputar á Díaz Domínguez como un artista de excepcionales méritos. Se trata de un gran pintor decorativo, de un colorista extraordinario.

Ratifica, cada vez con mayores bríos afirmativos, Gil Bergasa su personalidad con diez cuadros. De ellos destacamos, como sobresalientes, el retrato del señor Sota, *Mi Madre*, *Mercado de Avila* y, sobre todo, *Mantilla* y *De pesca de la anchoa*, que no por lo exiguo de sus dimensiones es menor en belleza y en armónico acierto.

García Condoy, pensionado por la Diputación de Zaragoza, tiene solamente dos lienzos. *Tipos italianos* y *Retrato de señora*. Bien dibujados y y construídos son un poco «sordos» de paleta. García Condoy no debe olvidar que la pintura debe ser esencialmente una exaltación del color y de la luz.

Aguado Arnal, además de los dos carteles anunciadores de la Exposición, presenta tres paisajes y una figura de mujer, realmente interesantes.

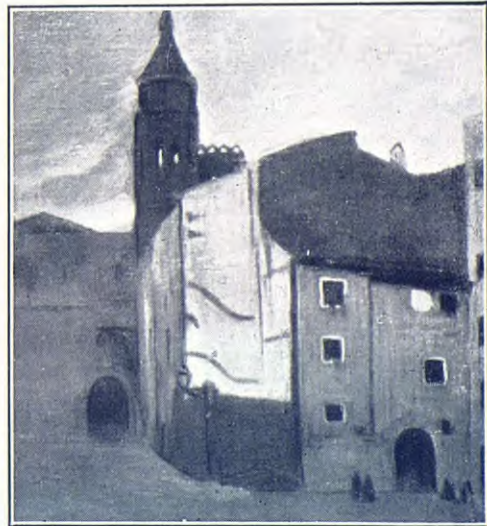
Y con citar, por último, una *Cabeza de niño*, de Luis Gracia, *Baturra* é *Interior de la Ermita*, de Lafuente, queda puesto de relieve lo más notable de la sección aragonesa.



"Mantilla", cuadro de Gil Bergasa



"La despedida del "Buñolero", cuadro de Uranga
FOTS. CEPERO



"Casas viejas", cuadro de Aguado Arnal

LA ESFERA
DEL MUNDO INTERIOR



EL JARDÍN SECRETO

¿Quién no tiene en su vida algún jardín secreto?
¿Quién en su pensamiento, quién en su corazón
no tiene algún harén vedado á los extraños?
¿Quién no tiene un esclavo pensamiento discreto
fiel guardián de nuestra más íntima ilusión?
¿Quién no teme traiciones, ni teme desengaños?

¿Quién no es dueño absoluto de ideas favoritas,
amantes secuestradas que nadie puede ver?
¿Quién no tiene en su alma el rincón de sus citas
con pasiones esclavas para nuestro placer?

¡Oh, el harén escondido de nuestros sentimientos!
Cada cual guarda el suyo, como buen musulmán.
¡Oh, el serrallo inviolable de nuestros pensamientos!
¡Las palabras eunucas, fielmente guardarán!...

DIBUJO DE PENAGOS



EL JARDÍN DE MI ALMA

Sobre el marfil antiguo del viejo clavicordio
mis manos aletean como alondras rendidas
por el amor, y cantan quedamente el exordio
de una historia de amores, las cuerdas conmovidas.

En el alma del clave despiertan mil acentos,
como lejanos ecos de voces olvidadas.
Vuelven las golondrinas del recuerdo, á bandadas,
al jardín de mi alma lleno de pensamientos...

¡Oh, los días lejanos de amor y de ilusión!
Todo era luz en torno de mi vida serena
y mi alma soñaba, cautiva en su jardín

lleno de pensamientos alegres... ¡Corazón,
tu esperanza era entonces un canto de sirena,
y tu fe el encantado cisne de Lohengrín!...

Goy DE SILVA